

LLAMANDO A LAS PUERTAS DE LA MOVIDA
JOSE GISBERT AMS
A.C. CAMINOS
Presenta
CONCIERTO HOMENAJE
a "CANITO"
TOS - MERMELADA
NACHA POP - PARAISO
ALASKA Y LOS PEGAMOIDES
TRASTOS - REBELDES - MAMA
MARIO TENIA Y LOS
SOLITARIOS
Sábado 9 - Febrero - 1980 - 18:30 h.
ESCUELA DE CAMINOS
Grabado por RTVE
Retransmitido por ONDA 2
Buses: G de Moncloa
F de Cuatro Caminos
LA CANCILLERÍA DE LAS PUERTAS
HISTÓRICAS (I)

PRÓLOGO

Jose Gisbert AMS es el seudónimo de José Francisco García Gisbert (Alicante, 19-05-1976). Licenciado en Historia, profesor de Educación Secundaria con más de trece años de experiencia en la docencia y cantautor, vocalista y guitarrista del grupo Amiga Mala Suerte. A su vez, colaborador en distintos medios radiofónicos, como Radio Escavia(2004) y El Sitio de Mi Recreo Radio (2013), habiendo realizado entrevistas a artistas como Carlos Goñi, Santi Santos, Álvaro Urquijo, Francis Cervera o Servando Carballar. Con su grupo Amiga Mala Suerte ha grabado varios discos y realiza conciertos con canciones propias y eventuales tributos a Enrique Urquijo y Antonio Vega; en su faceta de escritor es el autor de "Madrid 1980", "¿Son sueños?" y de ésta, su más reciente publicación, "Llamando a las Puertas de la Movida", el primer volumen de una serie llamada "La Cancillería de las Puertas Históricas". Actualmente, también presenta un programa de radio, llamado "Aunque tú no lo sepas", en la emisora Radio AMS, alojada en la plataforma Ivoox, en el cual realiza monográficos de grupos y solistas del panorama pop-rock nacional e internacional.

En este primer volumen de la Cancillería de las Puertas Históricas, el autor vuelve a llamar a las puertas de la movida, como ya lo hiciera en sus anteriores novelas. Pero en esta ocasión, la llamada es absolutamente literal, ya que, inspirándose en una famosa serie televisiva, son unas puertas del tiempo las que nos transportan directamente a cualquier época pasada. Y, como no podía ser de otra manera, el protagonista de la historia, reflejo claro de su autor, se adentra en su época histórica preferida: la movida madrileña.

A muchos de nosotros nos gustaría viajar literalmente a esa época en la que se produjo aquella gran explosión creativa en todas sus formas (musical, pictórica, cinematográfica...), años en los que míticos grupos como Nacha Pop, Los Secretos o Alaska y Los Pegamoides estaban empezando a desplegar su genialidad. Adentrarnos en una época en la que fuera normal entrar a cualquier pub un sábado por la noche y que pusieran música de Tos, Nacha Pop, Mamá, Los Pistones, o Alaska. O más adelante, Hombres G, Mecano, El Último de la Fila, si me permitís mencionar aquellos grupos por los que la autora de este prólogo cruzaría también sin dudar una puerta del tiempo.

Esta novela nos lleva a una época en la que los medios de comunicación sí que valoraban la música, a los artistas que la creaban, los nuevos grupos y solistas, la versión española de la *new wave*, perfectamente a la altura de la versión anglosajona, y en aquel entonces justamente valorada.

Novelas como ésta reviven y ensalzan a esos artistas que merecen ser recordados como lo que son, genios de la música, al igual que se recuerda hoy en día a otros artistas internacionales, ni mejores ni peores que los nuestros.

Volviendo a nuestra novela, la primera de la serie antes mencionada, se tratan dos temas principales: los viajes en el tiempo y la movida madrileña, como hemos señalado.

Con una recreación muy completa, documentada y certera de la época en la que se ambienta la historia, el autor consigue que realmente te transportes a la movida, que creas estar escuchando a sus artistas y contemplando su iconografía.

Al traspasar esta puerta que lleva directamente al inicio de la década de los ochenta, este profesor melómano se encontrará con algunos de sus artistas favoritos tal y como eran en aquel entonces, y se verá envuelto en diversas aventuras que lo implicarán en el mismo devenir de los acontecimientos, pero debiendo mantener la precaución de no cambiar la Historia...¿lo conseguirá? ¿O sus acciones cambiarán el curso de la Historia de nuestra música?

No esperes más para comprobarlo...

Para más información sobre el autor, entrad en su página de Facebook: Novelas y Relatos de Jose Gisbert AMS.

Raquel Peñafiel Martínez

LLAMANDO A LAS PUERTAS DE LA MOVIDA

La oportunidad es de las que no se deben desaprovechar. Tras el susto inicial y después de que haya transcurrido un mes, no puedo ni quiero perder la ocasión que me ha dado la vida para ser testigo de acontecimientos que siempre tuve la curiosidad de haber querido presenciar.

Ser reclutado por la Cancillería de las Puertas Históricas fue ante todo un susto, una sorpresa y una conmoción en mi vida y la constatación de que la serie de televisión, de casi el mismo nombre y objetivos, no es otra cosa que una tapadera para ocultar la verdadera realidad: existen las puertas históricas del tiempo.

Cabe señalar, que todo es menos ostentoso que en la ficción televisiva. Los compañeros son menos numerosos, no llegamos a ser más de cincuenta o sesenta personas los que sabemos este secreto de Estado y no somos protagonistas de tantas aventuras salpicadas por enemigos que tratan de cambiar la Historia de España. Nuestra misión, simplemente es vigilar para que no cambie nada. Pero hablando en términos generales, la Cancillería sirve para que asesores históricos, como lo soy yo ahora mismo, demuestren que lo que se cuenta en los libros de texto y demás estudios, sea rigurosamente cierto.

En ocasiones, no lo es y ahí es donde actuamos nosotros, ideando un plan para demostrar a la ciudadanía que las cosas fueron diferentes a cómo nos lo han relatado los libros de Historia, que siempre están mediatizados por el gobierno o sistema político de las diversas épocas que, en casi todas las ocasiones, manipulan lo ocurrido en su beneficio para adoctrinar a las masas. Desde luego, en cada una de nuestras actuaciones se deja que sean otros, arqueólogos, científicos o historiadores, los que recojan el mérito de demostrar que algo no fue tal y cómo lo habíamos aprendido en nuestros años de escuela o en nuestras lecturas posteriores.

Basta con citar un ejemplo para que se comprenda a la perfección nuestro cometido. Hace poco, se demostró que los restos del insigne escritor Miguel de Cervantes están enterrados en Madrid en el Convento de las Trinitarias. Ese descubrimiento fue realizado por un compañero, es relativamente fácil poner a investigadores, no adscritos a la Cancillería, a trabajar en el asunto y que llegue la noticia a los medios: se hace saltar la liebre entre historiadores e investigadores, que ante una filtración encubierta de suposición comienzan a estirar del hilo y constatan la verdad. Nunca se verá la mano de la Cancillería en todo esto, pero esta ahí. Desde aquí, descubrimos nuevas evidencias y las hacemos pasar por investigaciones presentes, pero el descubrimiento ya está realizado por algún agente de nuestra Cancillería bastante antes.

En la serie de ficción existen asociaciones malignas que intentan cambiar la Historia, pero seamos claros, eso no existe en nuestra realidad. Hemos de admitir, eso sí, que en ocasiones ha habido salidas de tono y meteduras de pata de compañeros que han intentado cambiar alguna parte de la Historia para su propio beneficio o en aras de un, pretendidamente, bien común. El final de estos compañeros sí que tiene algo que ver con la serie de televisión: son castigados por un tiempo en una fortaleza o castillo del medievo, que por supuesto no es el de Loarre sino que hay varios en diferentes regiones de España. Por mi parte, si me saltara gravemente las normas iría confinado durante un tiempo, sin torturas ni malos tratos, al castillo de Sax, en la provincia de Alicante. Eso sí, solamente encerrado un tiempo asistiendo a lo que ellos denominan “cursos de reeducación”.

Normalmente nuestro Canciller, el jefe de todo este entramado llamado don Leandro, es el que nos va marcando los objetivos a cumplir y el coordinador de cada una de las misiones. Como dije antes, fui reclutado hace apenas un mes tras un concierto que di con mi grupo en la Asociación Cultural Bohemia de Alicante. Entre el público se encontraba un señor de unos sesenta años de edad que nadie conocía de nada y que aplaudía con interés mis intervenciones y canciones. Tras el concierto, hizo un aparte conmigo y me explicó casi a tumba abierta que había sido seleccionado para entrar como asesor de la Cancillería de las Puertas Históricas.

Evidentemente, me tomé el asunto a broma y con el jaleo de acabar el concierto, recoger la guitarra y demás instrumentos, llegué incluso a olvidar a aquel loco que sin duda, enajenado de sus facultades mentales, me había vacilado como sólo lo pueden hacer los dementes: con total aplomo y seguridad. Aún así, recuerdo que me dijo que nos veríamos en Madrid próximamente y que allí me convencería de que su oferta iba completamente en serio. Sinceramente, seguí mi vida y olvidé el asunto hasta que efectivamente, poco tiempo después, durante un nuevo concierto de mi proyecto musical, esta vez en Madrid, en el mítico "Rincón del Arte Nuevo" situado en la calle Segovia, volví a ver entre el público al mismo personaje que, hacía apenas unos días, había estado en Alicante diciéndome aquellas cosas tan extrañas. En esta ocasión no se anduvo por las ramas y tras concluir el concierto, me instó a acompañarlo a un lugar donde según su criterio, me convencería finalmente de que su propuesta era completamente firme.

Estaba solo en la capital, en esta ocasión mi novia y compañera de grupo, Raquel, no había podido venir a tocar conmigo, por motivos de trabajo y como en realidad, el hombre hablaba con mucha seguridad y vehemencia decidí darle una oportunidad para explicarse. En un principio, ilusionado, pensé que quizás tras la broma inicial de las pretendidas puertas históricas, igual estaba ante un productor musical que se había interesado, por fin, en mis canciones tras tantos años de recorrerme España con mi guitarra con suerte dispar.

Así que picado ya por la curiosidad, accedí a acompañarle a una plaza cercana al lugar dónde había tocado, la Plaza de Alamillo, desde donde arranca a su vez la calle de la Morería, en lo que ahora se conoce como el barrio de La Latina, donde antiguamente, en el siglo XI, habían estado situados los arrabales mudéjares del Madrid cristiano de la época y desde donde comienzan varios caminos subterráneos secretos de la época musulmana en que fue construida.

Una vez allí, me propuso entrar en un edificio, justo al lado de una taberna llamada "El Almendro". Yo, aún escamado, le propuse que nos tomáramos un café o unos vinos en la taberna. No me acababa de fiar de sus intenciones y en ningún caso quería acceder a alguna vivienda solitaria donde quién sabe qué podría pasarme después. Don Leandro accedió, nos pedimos una copita de vino de la casa y allí me explicó que me había estado siguiendo la trayectoria tanto musical, como literaria. También la profesional como historiador, profesor y cantautor. Y que tras varios filtros, habían decidido proponerme la incorporación a una Cancillería secreta llamada de "Las Puertas Históricas ".

Evidentemente, esto a mí me sonó cuanto menos a broma y más teniendo en cuenta la reciente emisión de la famosa y genial serie "El Ministerio del Tiempo" de Televisión Española, de la que soy ferviente seguidor, de hecho, la utilizo frecuentemente en mis clases para intentar acercar de forma didáctica y divertida la Historia a mis alumnos.

Fue allí, en la Taberna cuando don Leandro me explicó todo lo que antes os he comentado: que la serie actúa de tapadera inteligente, para que nadie sospeche que realmente España sí tiene esas puertas del tiempo desde época musulmana y que allí en los subterráneos y caminos secretos de esta plaza estaba la "Cancillería de las Puertas Históricas" y que yo iba a ser testigo de algo excepcional y que, eso sí, si accedía a franquear la puerta de la Cancillería debía de ser bajo juramento de que no contaría nada a nadie de esto, y es más, si decidía acompañarle, ya no podría negarme a formar parte del cuerpo de asesores históricos de la Cancillería.

Nunca he sabido que hubiera pasado si una vez dentro del recinto me hubiera negado a aceptar el trabajo, pero el caso es que picado ya en la enorme curiosidad acepté acompañar a don Leandro al interior del edificio contiguo, donde una puerta nos condujo hacia un túnel subterráneo que finalmente nos llevó a un lugar abierto, cuadrangular y lleno de puertas reforzadas con clavos enormes. Otro pasadizo cercano llevaba a una serie de despachos y oficinas más modernas dónde unas pocas personas iban y venían saludando con respeto al jefe y mirándome a mí con mucha curiosidad. Tras entrar en el despacho del Canciller y sentarme frente a él, me inquirió con voz pausada y cargada de la paciencia del que ya ha pasado por esto muchas veces:

—Gisbert, sigue usted sin creer una palabra de lo que le digo, ¿me equivoco?

Es normal, le pasa a todo el mundo y me pasó a mí en su día. No es fácil de creer que esa explanada cuadrangular que ha visto antes llena de puertas, sean en realidad accesos a la Historia de España de todos los siglos.

— La verdad es que estoy confuso y no sé qué creer. Todo lo que me cuenta es increíble.

— Existen casi trescientas puertas. Las más antiguas, se sitúan por debajo y las que usted ha visto, son las que nos llevan a diversos años y momentos de los siglos XIX y XX. Sé que esto suena a serie de televisión o cuento chino, pero es cierto y bien sé, por experiencia propia, que no me sirven de mucho las palabras para que usted me crea. Creo que lo mejor es que me siga y se convenza por sí mismo. Tras un par de paseos por la Historia quizás luego podamos hablar de las condiciones del empleo y de las preguntas que sin duda le asaltarán tras esta experiencia única y exclusiva que va a tener la oportunidad de vivir. Puede dejar la guitarra aquí en el despacho. Por favor, acompáñeme y deje ya sus recelos aparte. Es usted mucho más joven y fuerte que yo, ¿a dónde cree que le voy a llevar y qué le voy a poder hacer?

Tras dejar cuidadosa y nerviosamente mi guitarra en una de las sillas del despacho del jefe me dispuse a seguirle hasta la explanada por donde antes habíamos pasado. Allí un montón de puertas numeradas nos esperaban.

—¿Le apetece por ejemplo ver cómo se proclamó la Segunda República aquí en Madrid el 14 de abril de 1931? Es un sitio bullicioso, pero hay mucho ambiente y pasaremos desapercibidos.

— Claro, claro, no estaría mal ver alzar la bandera tricolor y todo aquello. Seguro fue una fiesta genial -digo con tono de total ironía y escepticismo.

— Póngase este abrigo antes, que con la camiseta de Los Ramones esa que me lleva creo que va a dar un poco el cante en 1931.

Yo me dejo llevar y casi espero ver a mis amigos o a mi novia tras esa puerta, descojonados de risa por la broma que me están gastando y ansiosos por ver mi cara ante tal despliegue. A estas alturas aún pensaba que todo este sinsentido debía de ser una sorpresa por mi cumpleaños cercano. Pero esta vez Raquel o mis colegas se han pasado y mucho. Y desde luego, el actor que hace de don Leandro es un profesional como la copa de un pino. Ni una pequeña risa ni gesto extraño se le ha escapado. Seguro que les ha costado una pasta contratarlo y que se prestara a esta farsa.

El jefe abre la puerta, me franquea el paso y una luz azul cegadora nos traslada como por arte de magia a una plaza que apenas reconozco, pero que sin duda es la Puerta del Sol de Madrid. El gentío es impresionante, la gente se sube a las farolas y ondea la bandera tricolor republicana. Apenas podemos andar y desde luego, la alegría es desbordante. Hombres y mujeres se abrazan y corre el vino y la euforia por doquier.

—¿Se va usted convenciendo, señor Gisbert? Estamos en Madrid, en 1931 y todas estas personas viven su presente aquí y ahora mientras usted y yo, somos testigos de excepción de todo y sabemos que seguramente toda esta alegría se verá truncada por gobiernos que no dieron la talla ni supieron consensuar una solución intermedia para todos. ¡Ay, la Historia de España! Siempre plagada de enfrentamientos y de confrontación fraterna. Todos contra todos y sin empatizar con las opiniones e ilusiones de los otros.

Mi cara debe decirlo todo en este momento. Mi novia y algunos de mis amigos son muy creativos y pueden llegar a organizarme una gran fiesta de cumpleaños, pero es evidente que contratar a miles de personas, no entra en nuestra economía. Por no hablar de que todos los presentes están enfervorizados y su vestuario es propio de la época. Además, he visto cientos de veces en casa y en mis clases estas mismas imágenes en documentales y reportajes. Pero ahora es como verlo de nuevo y a todo color. No salgo de mi asombro y no me salen las palabras de puro nervio interior. El corazón parece que se me va a salir del pecho cuando el jefe me comenta:

—Tranquilo, señor Gisbert, ha habido reacciones mucho peores que la suya de otros compañeros que hasta salieron corriendo de miedo ante tal revelación.

—Pero entonces, es cierto lo que vemos por televisión en la serie. ¿Hay gente intentando cambiar la Historia y hay patrullas que intentan evitarlo?

Madre de Dios, esto es acojonante.

—No, no. No haga caso de la televisión, Gisbert. Esto es mucho más sencillo y no existen empresas ni gente que va viajando por el tiempo para cambiar la Historia. Las puertas existen, pero son secretas excepto para unos pocos privilegiados. Y desde ellas se puede asistir a casi todas las épocas de la Historia de España. Desde la Prehistoria hasta nuestros días. Pero nuestro cometido es otro. Creo que mejor volvemos a mi despacho y se lo explico con más calma y detalles. Aquí con este gentío es imposible entenderse. Y tranquilo, que si decide incorporarse a la Cancillería podrá disfrutar de estos y muchos momentos más que sin duda, le apetecerá ver en directo. No en vano es usted historiador y para alguien de su profesión, créame, esto es un lujo.

Aún con la vana esperanza de encontrarme a Raquel o a alguno de mis amigos en el despacho para reírse con ganas de mi inocencia, encamino mis pasos hacia una puerta cercana y desde allí y como por ensalmo, volvemos a la Cancillería y al despacho de don Leandro. Allí su secretaria, la señorita Amalia, me trae una tila doble que adivino debe ser el protocolo inicial a seguir tras el primer viaje en el tiempo de los nuevos asesores.

Pasados unos minutos y con una taquicardia formidable, el jefe me relata la misión de la Cancillería sólo conocida por los Jefes de Estado, en la actualidad el rey Felipe VI, desde época mudéjar . Ni siquiera el presidente del gobierno sabe de la existencia de esta locura.

Ya lo he apuntado anteriormente. Los asesores históricos de la “Cancillería de las Puertas Históricas” tenemos el cometido de viajar por el tiempo con la misión única de corroborar la Historia y si hay algún error que se da por cierto en los libros, poner los medios en el presente para que casualmente, unos investigadores ajenos a la Cancillería, encuentren evidencias de que la verdad no fue así como los sucesivos gobiernos han querido contarla.

Don Leandro me pone el ejemplo del caso de los restos de la casa del Cid Campeador encontrados hace poco en un pueblo burgalés que no es otra cosa que un hallazgo de un compañero, que tras andar sobre la pista de Rodrigo Díaz de Vivar en sus días de gloria, pudo situar su vivienda y luego, tras volver de la misión, activar el protocolo.

El protocolo es poner pistas a disposición de arqueólogos, historiadores, científicos o lo que corresponda, para que ellos, ajenos a la Cancillería, comiencen la investigación que dé lugar al hallazgo y posterior publicación de los resultados que desde aquí ya se saben, pero que para el común de los mortales es una auténtica revelación. Nada de infiltrados o empresas que quieran cambiar la Historia en su beneficio ni todo aquello que deja entrever la ficción en forma de serie. Aún así, el trabajo es apasionante y don Leandro me explica las condiciones en las que yo seré contratado como asesor y miembro de la Cancillería.

—Usted Señor Gisbert, seguirá viviendo en Alicante y continuará con su vida normal de profesor y músico, viviendo con total naturalidad. Puede usted venir cuando quiera si decide hacer alguna indagación por su cuenta para investigar algún hecho histórico. Siempre que yo apruebe el proyecto, claro está. Y desde luego, si alguna misión requiere su presencia deberá de justificar su ausencia tanto en su vida cotidiana como en la profesional para pasar unos días aquí en Madrid. Por supuesto, desde la Cancillería le daremos los justificantes necesarios para que no tenga que dar muchas explicaciones en su puesto de trabajo. Lo que le diga usted a su pareja y familia ya es cosa suya pero le aconsejo que se busque una coartada creíble.

— Y, ¿ no podré contarle algo a mi familia más cercana?

—Esto es un secreto de Estado y no debe jamás revelarlo ni a sus personas más allegadas. De todos modos, no se preocupe usted demasiado. Ha sido usted incorporado por ser historiador y especialista en la Transición Democrática. Pero ante todo, su cometido tendrá que ver con misiones relacionadas tanto con la Historia como con la Música en España de la que ya nos hemos informado, es usted un amplio conocedor. De todas maneras, ya le adelanto, que no tendrá usted más que un par de ausencias al año y si acaso alguna más por iniciativa propia, por lo que no tendrá que acudir aquí demasiadas veces y podremos establecer coartadas creíbles para justificar sus escasos días de ausencia. Lo que sí le vamos a proporcionar es un teléfono móvil personal y seguro,

desde donde podremos ponernos en contacto periódicamente. Y usted a su vez, podrá contactar conmigo o con mi ayudante personal, el señor Alejandro Santamaría. O en su defecto o ausencia de ambos, con mi secretaría la señorita Amalia. Imagino que debe estar en estado de shock y que le gustaría descansar unos días después de tantas emociones repentinas. En unos días le llamaré al móvil asignado -me lo alcanza y veo que es de ultimísima tecnología- y espero su respuesta afirmativa a pertenecer a esta Cancillería.

—Tiene usted razón, estoy en estado de shock y necesito un poco de espacio para poner en orden todo lo que usted me propone.

— Piénselo bien, señor Gisbert, este privilegio sólo se concede a unos pocos y podrá ser testigo de tantos acontecimientos históricos y musicales como desee y nos podrá ayudar mucho a seguir conservando la Historia de España tal y como la conocemos. Esperando que si se descubre algo que no cuadra con lo que damos por cierto podamos subsanarlo y darle la dimensión que realmente tuvo y no la que nos dieron por buena los sucesivos gobiernos o medios de comunicación. Recuerde esto siempre, Gisbert: la Historia la escriben los vencedores y sus lacayos. Y no siempre corresponde a la verdad absoluta. Acuérdese de lo que decían los libros de Historia en época franquista donde poco más o menos se asimilaba la figura de Franco con la del Cid Campeador. Ahora sabemos que ni uno ni otro fueron tales adalides de la defensa de España y sí una lacra dictatorial: fascista uno, Franco, y un mercenario al mejor postor el otro, el Cid Campeador. Usted está aquí porque observamos las redes sociales, sus opiniones, sus libros escritos y sus pensamientos. Y nos encaja a la perfección como experto en Historia y Música, no nos defraude, contamos con usted.

Por supuesto, salí de allí asustado, agobiado, abrumado ante tal responsabilidad. Pero como siempre me pasa en todo lo que me proponen, primero lo niego, luego descargo responsabilidad pensando en rechazar la propuesta y con posterioridad lo veo todo con otra perspectiva. Y ya más calmado y tras sopesar pros y contras me dije a mí mismo: “Jose, esto es una oportunidad única de viajar en el tiempo, de ver todo lo que un día soñaste y además, te contratan como asesor histórico y musical así que podrás ser testigo directo de todo aquel concierto o acontecimiento legendario que puedas soñar como mítico y al cual te hubiera gustado ir. Esto no es rechazable y por supuesto, tras unos pocos días de profunda reflexión y debate interno, decido encender el teléfono, marcar el número de don Leandro y aceptar el puesto. Que por otra parte está bastante bien remunerado y es un ingreso extra que me va a venir genial para vivir bastante mejor.

Desde aquel momento ha pasado casi un mes y he podido comunicarme con don Leandro, Amalia o Alejandro en varias ocasiones y por fin tengo mi primera propuesta de misión voluntaria: quiero ir al Madrid de 1980 y ser testigo del concierto homenaje a Canito, primer batería de Tos, luego Secretos, que supuso el pistoletazo de salida de lo que más tarde se llamó “Movida Madrileña”.

Son muchos los comentarios y controversias sobre si aquello fue realmente el comienzo de todo aquel movimiento cultural y yo quiero investigar por mí mismo si aquel concierto merece estar en los anales de la música pop española como algo relevante. Además, no lo puedo negar, siendo fan de todos aquellos grupos siempre soñé poder estar allí y he escrito alguna que otra cosa sobre el tema, pero ahora... Ahora puedo ir y ver cómo fue aquello en realidad y desentrañar algunos misterios que rodean a la realización de aquel concierto. Para mí, un seguidor confeso de la “Movida”, su música y su estética, es casi obligado intentar que me aprueben el proyecto de ir allí.

Durante estos últimos años he tocado con mi grupo en multitud de lugares e incluso he tenido la suerte de disfrutar de la amistad de uno de mis ídolos e instigadores del acontecimiento que me propongo visitar. Mi amigo Javier Urquijo, fundador junto a Canito del grupo Tos, más tarde cambiaron su nombre por el de Secretos, me comentó en alguna ocasión que fue él quien tuvo la primera idea de homenajear a Canito aquel 9 de febrero de 1980.

Cabe recordar que Canito, Jose Enrique Cano, fue fundador de Tos junto a Javier Urquijo y tras conseguir asomar cabeza en las emisoras de radio de Madrid, dar sus primeros conciertos y

tener claras opciones de grabar su primer LP con una compañía importante, falleció tras un desgraciado accidente en la Nacional VI de Madrid cuando después de la fiesta de nochevieja de 1979 a 1980 fue atropellado por un conductor borracho que fatalmente pasaba por allí, mientras un grupo de amigos parados en la cuneta esperaba a otro coche para terminar la fiesta en otro lugar. Una autentica desgracia que luego dio lugar a lo que muchos críticos musicales e historiadores consideran fue el inicio de la mal o bien denominada "Movida Madrileña". Y quiero ver ese concierto. Es más, me gustaría asistir a su gestación y organización..

Sin que Javier y sus compañeros se den cuenta y con un plan previamente trazado, me convertiré en su sombra durante esos días e intentaré ser cronista del origen de este tributo donde participaron muchas de la bandas emergentes del Madrid de 1980, que intentaba ya dejar atrás definitivamente años y años de censura y dictadura.

Sé que no va a ser tarea fácil, pero creo poder situar a los hermanos Urquijo, Javier, Enrique y Álvaro, en aquel Madrid de inicios de década de los ochenta. Qué pena me dio siempre que Canito sólo viera un único amanecer de la década que se prometía era la suya, en la cual su grupo iba a despegar y recoger el trabajo anterior de formarse y de comenzar en el difícil negocio de la música.

Es evidente, que debo intentar no implicarme demasiado ni hacer demasiada amistad con los organizadores del concierto, pero algo deberé de intentar para conseguir mi objetivo principal. Que no es otro que el de colarme en las negociaciones previas para las actuaciones de los grupos en ese concierto y ante todo, ser testigo directo de aquel momento crepuscular de la música que personalmente me emociona. El reto es apasionante y cuando se lo planteo a don Leandro parece satisfecho de mi iniciativa y de que por fin me embarque en el proyecto como un asesor histórico más de la Cancillería.

Tras la aceptación de mi viaje marco mis metas a lograr: Si aquello fue el inicio de la Movida, yo quiero presenciarlo en directo. Por supuesto, he visto grabaciones de televisión y radio, pero es evidente que no va a ser igual estar allí y ser uno más del público para de alguna manera "levantar acta" de lo allí acontecido. El primer paso a seguir antes de emprender la aventura es el de documentarme convenientemente sobre el evento. Hay algunas fuentes que señalan que el día anterior, en la reunión de representantes de los grupos, locutores afines o managers, prácticamente saltaron chispas para decidir el orden de las actuaciones de los grupos en el concierto. La segunda tarea a realizar será la de intentar sacarle el tema de conversación al único testigo preferencial de todo aquello que conozco personalmente y al que puedo preguntar amparado en mi condición de fan y amigo: Javier Urquijo.

Tengo la suerte de que en mi pequeña carrera musical, Javier se cruzó en mi camino hace ya más de una década. Aquello fue buscado y casual al mismo tiempo. Buscado, porque yo ya era gran seguidor de Los Secretos desde hacía tiempo y tenía infinita curiosidad por conocer y asistir a un concierto del mayor de los hermanos Urquijo. Y casual, porque tras tener la oportunidad de verlo un par de veces en directo por la zona de Murcia y Alicante, tuve el valor de decirle que yo también tenia mi propio proyecto musical y me llevé la sorpresa de mi vida cuando amablemente me invitó, sin apenas conocerme entonces, a cantar junto a él en un concierto inolvidable en un pub de Cartagena.

Un concierto pleno de simbolismo aquel, en el cual conseguí cumplir el sueño de cantar "Otra tarde", precisamente una canción de Canito, con un "Secreto" y además, esa misma noche conocí a la que es la chica de mi vida, Raquel, que andaba por allí junto a su familia, tan fan de los Secretos cómo yo y a la que tendré que dejar fuera de esta locura de la Cancillería, muy a mi pesar.

A partir de ese día, Javier y yo hemos ido fraguando una amistad que hace que cada vez que viene a tocar por la zona de Alicante o Murcia repitamos la experiencia de tocar juntos. Lo cual sigue siendo, no por repetida cientos de veces, una experiencia genial. Siempre me dio grandes consejos como músico y maestro de la vida. Y hace poquito, cuando ya tenía en la cabeza emprender esta aventura estuve charlando con él en mi casa antes de un concierto y pude sacarle el

tema del concierto homenaje a Canito y Javier me aseguró y reafirmó que aquello partió de una idea suya, que luego plasmaron tanto él como su hermano Enrique en una conversación en el barrio de Malasaña con el programador de conciertos de la Escuela Superior de Caminos de Madrid, Jose Vegas. Javier y Enrique intentaron por todos los medios sacar adelante esa ilusión. Quizás un último consuelo tras días terribles por la pérdida de un amigo tan querido. El caso era poder contar con grupos afines y amigos que quisieran prestarse a recordar a Canito en un concierto que bien podría significar el adiós del grupo Tos.

Así que tras charlar con Javier y sabiendo quienes fueron los instigadores de aquel acontecimiento de inicio de la "Movida Madrileña" y habiéndome documentado tanto como he podido, viendo las grabaciones disponibles en Youtube, las retransmisiones radiofónicas que se hicieron desde las emisoras de radio de Madrid y algunos artículos de prensa escondidos por Internet me dispongo a prepararme para el inminente viaje.

Obviamente, no tengo todo un mes para ausentarme del trabajo y de mis obligaciones sentimentales y familiares. Ya quisiera yo pasarme todo ese tiempo en aquel Madrid de los ochenta pero calculo que con tres días puede ser suficiente para poder observar todo el proceso de cerca, seguir sus preparativos y sobre todo, buscar la fórmula para asistir a esas duras negociaciones entre los grupos el día antes. Y no lo voy a negar, no sé si podré aspirar a tanto, pero sólo el hecho de poder estar allí, tiene un componente lúdico y sentimental para mí, que ahora mismo no puedo ni valorar, pero que me hace una ilusión enorme que apenas puedo disimular el día antes cuando anuncio a Raquel y familia que me voy con mis alumnos a Madrid de excursión didáctica a visitar el Museo del Prado y demás opciones artísticas de la capital.

Soy consciente de que la parte más complicada será la infiltración entre el grupo de amigos y músicos que formaron parte de todo aquello, pero estoy más que dispuesto a arriesgar y conseguir ser observador lo más directo posible de un evento tan simbólico en la música pop-rock de nuestro país.

Cuando por fin llega el día y tras un plácido viaje en avión hasta Madrid y un no tan tranquilo periplo por el metro, cruzo la plaza de Alamillo en dirección a la Cancillería y hago inventario mental de todo lo necesario para poder pasar por un tipo de cuarenta años a principios de los años ochenta: ropa adecuada, complementos de la época, tarjetas de visita falsas y el propósito de intentar que mis conversaciones con la gente de allí no sean muy anacrónicas y se correspondan más o menos con el tipo de lenguaje empleado en ese tiempo. Cazadora de cuero sin demasiadas estridencias, pequeña corbatilla, pantalones vaqueros, reloj marca "Casio" digital, gafas de sol tipo Michael Knight, el del "Coche Fantástico" y por supuesto, dinero de la época. Aunque parezca mentira el equivalente a 60 euros, 10.000 pesetas, será más que suficiente para pasar tres días sin ninguna estrechez en 1980. Por aquel entonces mi padre, carpintero en Alicante, ganaba ese dinero en todo un mes trabajando de sol a sol así que esa cantidad, será adecuada para que no me falte de nada para cualquier imprevisto y gastos propios de la misión. Además, la Cancillería tampoco es que sea muy generosa en sus dietas, sobre todo en las misiones voluntarias propuestas por los asesores.

Debo decir, que a pesar de lo excitante que pueda parecer ser miembro de esta "Cancillería de las Puertas Históricas", en líneas generales, sus miembros fijos, los que hacen trabajo de oficina diario, no dejan de ser funcionarios un tanto aburridos que para divertirse, coleccionan cosas del pasado. Algún oficinista incluso me pide que le obsequie con unos litros de cerveza de 1980, que asegura tenían mucha más fuerza y sabor entonces que en la actualidad. Yo creo realmente que lo que ocurre es que todo sabe mejor cuando eres joven y todo lo idealizas, pero sin prometer nada, procuraré cumplir el encargo.

De todos modos, el coleccionismo de cosas pasadas es bastante habitual aquí. Eso sí, con la restricción lógica de que nunca se puede revelar su auténtica procedencia y en el caso de las peticiones un tanto insólitas hay que elaborar una buena coartada para que la gente que no sabe de la existencia de esto no se dé cuenta de lo que realmente está pasando. Pero desde luego, puedo

asegurar sin riesgo a equivocarme, que los secretos de esta Cancillería están más que salvaguardados por los trabajadores que aquí cumplen con su labor con extraordinario celo. Pero son otros “ Secretos” los que me aguardan a mí en este viaje.

Tras saludar a todos y recibir las últimas indicaciones de don Leandro, cruzo la puerta del tiempo que me llevará al 7 de febrero de 1980, situada en la primera planta, con muchísima emoción y un ligero tembleque de piernas. El rayo azul previo a aparecer en la época elegida me ciega de nuevo y cuando ya estoy poniendo un pie en la calle, la intriga y la emoción de pasar tres días en 1980, entonces un servidor apenas tenia cuatro años y empezaba el parvulario en Alicante, me hacen ponerme muy nervioso. Tengo infinidad de planes y ganas de poder estar en lugares míticos de ese Madrid de inicio de década. Me interesa sobremanera descifrar ciertas preguntas que siempre me he hecho sobre la época: ¿serán tan evidentes a ojos de la sociedad las diferentes tribus urbanas? ¿Realmente se llevaban tan mal entre ellas o era una pose estética? ¿Eran tan comunes y accesibles las drogas para los jóvenes en 1980? Demasiadas cosas nublan mi cabeza cuando por fin me doy cuenta de donde estoy, a dónde lleva exactamente esta puerta del tiempo: a la plaza del 2 de mayo de Madrid. He estado aquí varias veces, pero es cierto que ahora se respira un aire diferente al que recuerdo.

Son las once de la mañana, hoy es jueves 7 de febrero de 1980 y por el momento la plaza, aún encontrándola diferente, no recoge demasiadas referencias a la Movida. Me acercó al primer café que veo abierto y sentado en su terraza verifico que no hay dudas de que estoy en los ochenta. La ropa delata a la gente y la decoración “invisible del local” lo confirma si acaso un poco más. Las botellas son diferentes, la Fanta naranja y limón son de un color más intenso y todo tiene un aire que ahora denominaríamos “vintage”, pero que aquí no es más que un bar cualquiera de Madrid, que tiene por cierto, unos bocadillos de calamares con mayonesa casera que saben a gloria bendita.

En la barra veo algunos periódicos y me acerco hacia ellos y empiezo a hojearlos mientras me doy este pequeño homenaje en forma de almuerzo ochentero. Es curioso ver las noticias que recoge la prensa del momento. No puedo más que sonreír cuando un artículo asegura que en el año 2000 el petróleo se verá desplazado como principal fuente de energía. Evidentemente se podría decir que sería posible que fuera así. Lo que no tuvieron en cuenta para esa predicción es que las grandes compañías petroleras no han soltado sus prebendas aún en 2017. Se nota que en este año se está definiendo cómo va a ser conformado el país. Aún la democracia está en pañales, acaba de nacer y las noticias lo confirman: propuestas sanitarias y educativas para adaptarse a la nueva situación y el referéndum de autonomía en Andalucía copan las portadas de la prensa del día.

Me hacen gracia los anuncios publicitarios incrustados en la portada del periódico donde nos intentan convencer de que las máquinas de escribir electrónicas son el no va más del futuro de la humanidad y el procesamiento de textos. Sin duda lo fue, pero claro, ellos no saben lo que vendrá después con la proliferación de los ordenadores, la era de Internet o los smartphones. Es curioso, en 1980 había calculadoras, calendarios, teléfono fijo, transistores, televisión, correo ordinario, mapas, juegos de mesa, cámaras de fotos, afinadores de guitarras, grabadoras, agendas y un sinfín de aparatos que en nuestro mundo de 2017 se resumen en un solo artilugio: el móvil.

No sé si somos más felices así o era mejor que cada cosa asumiera un rol y tener muchas. No lo sé discernir, sinceramente, pero en estas disquisiciones filosófico-tecnológicas estoy cuando me doy cuenta de la superioridad histórica que te confiere ser un viajero por el tiempo. Aunque esa pretendida superioridad hay que saber ponerla en su justo contexto. Yo ya sé que llegarán las impresoras, los móviles, los ordenadores, Internet y demás tecnología que disfrutamos en mi presente, pero eso no debería darme derecho a reírme de todos estos avances que veo en la prensa anunciadas como la gran panacea y que en mi época apenas han quedado como meras reliquias de anticuario. Aquí, hasta mi ordenador “Spectrum”, del año 1983, que conservo en mi trastero, sería un aparato envidiable para todos los niños. Y recuerdo que no hace muchos cursos lo llevé a clase y mis alumnos se partían de risa con la tardanza en cargar los juegos y sobre todo con la simplicidad de los gráficos. Yo en su día, tuve a su vez, una de esas máquinas de escribir electrónicas que

anuncian en la prensa aquí en 1980 y ni siquiera sé ahora por donde andará y desde luego, debe hacer más de veinte años que nadie las utiliza. Ahora son el último grito y es difícil situarse en el contexto tras tantos años de avances brutales.

Tarradellas volviendo a presidir la autonomía catalana, rehenes españoles retenidos en la embajada de El Salvador, estatutos del trabajador a punto de firmarse, el presidente Suárez buscando la reelección presidencial, violencia en el País Vasco, conflictos en Renfe, tensión U.S.A-U.R.S.S en lo internacional y sorpresa agradable en lo deportivo: mi Hercules C.F en el diario Marca ante su reciente partido frente al Castilla. En la alineación herculana encuentro incluso a un viejo amigo. Aquel que en el año 2000 me enseñó casi todo lo que sé en mi faceta pasada de entrenador de fútbol, Miguel Aracil, que ese día jugó de titular ante el equipo filial del Real Madrid.

Es tan fascinante sólo ver la prensa del día que entre las noticias y el grandioso bocadillo se me va más de una hora de mi tiempo. Pero es evidente que no he venido aquí a leer ni a deleitarme con la gastronomía popular así que pago la cuenta y me voy. Me siento rarísimo volviendo a pagar en pesetas y teniendo estas monedas y billetes en mi mano. Me recuerdan a los aguinaldos que recibía por navidad de mis familiares. Salgo del bar y encamino mis pasos por la calle Espíritu Santo, en pleno corazón del barrio de Malasaña. Para quién no lo sepa, en uno de sus inmuebles, casi dos décadas después, aparecerá muerto uno de los hermanos Urquijo, el mediano y quizás el más genial: Enrique.

Me sitúo frente a la puerta y la observo con nostalgia infinita y un profundo dolor. Pero me doy cuenta de que es raro sentir nostalgia y dolor por algo que en este tiempo ni ha sucedido ni se adivina. Un vecino al verme parado largo rato mirando el portal me pregunta si estoy interesado en comprar o alquilar una vivienda en el edificio y me comenta que es muy tranquilo, con un vecindario ejemplar. Desde luego, bien sé que en años posteriores no todos los vecinos del edificio tendrán una vida ejemplar ni mucho menos un comportamiento mínimamente humano: Un maldito camello que morará aquí años después dejará morir a Enrique en el portal sin ni siquiera molestarse en llamar a una ambulancia.

Por supuesto, en este trabajo surgen dudas, muchas preguntas que atormentan tu mente sin cesar. Seguramente, podría avisar a Enrique en cualquier momento entre 1980 y 1999 para que no siguiera ese camino e incluso podría plantarme en 1999 e impedirlo de la forma que fuera, pero como bien dice nuestro jefe, don Leandro, eso sería cambiar la Historia y las consecuencias podrían ser imprevisibles. Si decidiera salvar a Enrique o si impidiera que cayera en sus problemas, posiblemente al volver a 2017 la carrera de Los Secretos, sus canciones, la cantidad de parejas que se habrán enamorado y desenamorado escuchándoles ni siquiera existirían. Es difícil calibrar todo esto, poner en la balanza lo que es mejor o peor y sus posibles consecuencias. También da pánico pensar que no existiera "Quiero beber hasta perder el control", o "Buena chica" por citar sólo dos de las innumerables obras de arte que dejó escritas Enrique para la posteridad, el consuelo y el disfrute de ya varias generaciones.

Me voy de allí enfrascado en mis dudas y en mil pensamientos, que te hacen cuestionar seriamente la magnitud de mi recién estrenado trabajo en esta Cancillería. Apasionante sí, sin duda, pero también con la sensación de generarte unas controversias mentales más que razonables de cómo mejorar el futuro interfiriendo en las cosas malas ocurridas en el pasado. Difícil cuestión, que imagino que todos los asesores de la Cancillería se han planteado alguna vez.

Son ya las doce y media del mediodía y decido acudir hacia el primero de los objetivos marcados, el barrio de Argüelles, con la idea de cercar a los hermanos Urquijo, ganarme su confianza y así dar un primer paso para la infiltración en todos los pormenores que dieron lugar al concierto tributo a Canito. A lo lejos, diviso una boca de metro y se me ocurre coger el transporte público para ir de manera más rápida a mi destino y a su vez, comprobar que tal era el servicio de metro en está época. Hace apenas unas horas he estado en el metro de 2017 y apetece comparar los cambios. Por lo pronto, la seguridad en la entrada es mucho más simple y sencilla. Los billetes se

compran en una ventanilla y son de cartoncillo y lo más increíble es que al subir al vagón todo está impregnado de humo. Acostumbrado ya a las leyes anti-tabaco y a los espacios públicos sin humo, el tren se convierte en una nebulosa infame de muchísima gente que sin reparo alguno te comparte sus bocanadas. Estamos en 1980 y la prohibición de fumar en espacios públicos ni siquiera se contemplaba. Fumaban los diputados en el Congreso, los vecinos en los ascensores y hasta no era raro que tu médico de cabecera te recibiera con un puro en la boca.
“Vivir para ver”, me digo a mí mismo.

En el metro, la diversidad es muy evidente. Abundan las personas vestidas según el prototipo de la época, gente normal que me recuerdan a mis padres cuando yo era pequeño. Pero también se perciben pinceladas de lo que he venido a comprobar. Algunas tribus urbanas asoman la cabeza entre la gente, vestidos de manera menos convencional. Alguna cresta aislada, algunos pelos de colores y algún tupé más prominente jalonan las cabezas de los más jóvenes del vagón. Algo está claro y es que las tribus urbanas existían en este tiempo, pero no eran ni mucho menos mayoría. Muy al contrario, eran los que transgredían las normas convencionales del vestir moral de la época.

Los pasajeros más mayores, miran claramente con recelo a esos jóvenes de atuendo estrafalario y es que imagino que eso ha sido siempre así, en todas las épocas. Las generaciones más antiguas observan siempre con muchísimo espanto a las nuevas y piensan que el buen gusto y las buenas formas se han perdido para siempre entre los chavales. Y eso ocurre en todos los ámbitos de la vida, no únicamente en el modo de vestir y de divertirse de los más jóvenes sino en gustos musicales, formas de expresión o costumbres.

Al igual que estas personas mayores de este tiempo, yo mismo me pregunto cómo es posible que la generación de jóvenes de mi presente puedan haber adoptado formas musicales tan odiosas tales como el “Reggaeton” o demás estilos musicales que me horrorizan en 2017, con mis cuarenta años más que cumplidos. Supongo, que en mi presente yo soy el mismo tipo que en este preciso instante, mira con disgusto y horror a una chica con la permanente y el pelo lleno de mechas azules. La juventud siempre será transgresora en todas las épocas de la Historia y siempre los más viejos carecerán de la empatía necesaria para comprenderlos.

Eso es así desde que hay vida en este mundo y yo me imagino que ya estoy en la edad en la cual me parece que la música que a mí me gusta es la que tiene el don de la calidad y la pericia de transmitir sentimientos y sensaciones. Evidentemente, para los jóvenes de 2017 soy un carcamal, exactamente lo mismo que debe pensar la chica del pelo azul del viejo que la mira con horror. En esos pensamientos me encuentro cuando finalmente me apeo en la parada del Barrio de Argüelles y dejo atrás mis pensamientos sobre jóvenes y viejos de la Historia y sobre todo, la densa neblina de nicotina que no ha dejado de acompañarme en ningún momento del viaje.

Por supuesto, he estado en este preciso lugar antes, pero justo donde en 2017 hay un macro centro comercial, ahora en 1980 sólo se ven unos pisos en apariencia bastante nuevos y un tráfico intenso, pero soportable. Nada que ver con la odiosa conducción por Madrid en los años en que yo visité la ciudad por primera vez. Vehículos que en mi tiempo merecerían la catalogación de históricos llenan las calles de Madrid. Pasan varios Seat 6oo y 127, Renault 4, 5, 6, 7, 8, Simcas...
Para un habitante del presente, esta calle podría ser como estar en una feria del automóvil antiguo pero aquí, en este tiempo, todo toma una apariencia más que normal. Además no todo es raro para mí, que al fin y al cabo, viví los ochenta de niño.

Vuelvo a corroborar, mirando a mi alrededor, que las tribus urbanas a la una del mediodía apenas aparecen por el paisaje de un Madrid que acude a trabajar y que tiene un color mucho más gris que en la actualidad. Se hace difícil no pararse en cada esquina, en cada escaparate, observar objetos y lugares que ya se han extinguido en mi tiempo. Cabinas telefónicas por doquier, tiendas de electrodomésticos donde la novedad más rutilante son las primeras televisiones en color y ante todo, una multitud de pequeños establecimientos de todo tipo, pequeños comercios que parecen prósperos y con clientela habitual. Aún no es, ni por asomo, el momento de las grandes superficies

ni de los supermercados, que habrán de obligar a cerrar a todas estas pequeñas tiendas. La gente parece contenta del trato personal recibido en cada uno de los establecimientos visitados.

Salgo de mi abstracción para definitivamente, ponerme en marcha hacia la calle Rodríguez San Pedro, lugar de residencia de los hermanos Urquijo y donde tengo la intención de hacer guardia hasta dar con alguno de ellos y comenzar con mi plan de infiltración. Por supuesto, ya tengo la historia montada en mi cabeza. La coartada, espero que perfecta, para poder llamar su atención y poder ser testigo directo de todos los acontecimientos que me interesan.

Mi plan pasa por acercarme a ellos, principalmente a Javier, el mayor y líder claro de Tos en ese momento, y hacer correr la voz de que soy el representante en España de una productora de televisión inglesa, de Liverpool para más señas, para darle un toque "Beatle" al asunto, y que está interesado en ver el concierto tributo a Canito y conocer a los principales grupos de la "nueva ola" porque, en mi opinión, lo que está ocurriendo en España en este preciso instante tiene un paralelismo claro con lo acontecido en el Reino Unido en los inicios de los setenta con la eclosión del Punk-Rock y bandas como los Sex Pistols o The Clash.

La idea es que los chicos de los grupos me vean como a un tipo mayor que ellos, respetable, con credenciales, de ahí la existencia de mis tarjetas de visita, de una productora falsa y escritas en inglés, que Amalia me ha mandado hacer en su despacho de la Cancillería, y que quiere informarse de todo lo que allí se está cociendo para, al volver a Liverpool, convencer a los responsables de la cadena para realizar un documental o reportaje sobre todos estos grupos que han dejado atrás casi cuarenta años de dictadura franquista y apuestan por nuevos modos de expresión musical al igual que hicieron los británicos unos años antes.

La posibilidad de ofrecerles un reportaje futuro a unos chavales que serán importantes en unos años, pero que ahora no dejan de ser unos chicos que apenas están empezando a hacer sus primeros pinitos en la música, puede funcionar. Sobre todo, si hago creíble mi personaje: un tipo que vive a caballo entre Liverpool y Madrid, entendido de la música, bastante mayor que ellos, pero con capacidad para empatizar con sus costumbres.

En diez minutos llego a la calle Rodríguez San Pedro y no me es complicado localizar el piso de la familia Urquijo. Primero, porque he estado aquí en alguna que otra ocasión en plan fan que quiere ver el edificio dónde nacieron sus ídolos y segundo, porque el hogar de los Urquijo es inconfundible con esos arcos y ventanales que por las fuentes consultadas, era una especie de desván donde en no pocas ocasiones ensayaban los incipientes Tos.

Hay bastante movimiento por la calle y de las viviendas sale un agradable olor a comida casera que abre el apetito vorazmente. Me siento en el banco de un parque cercano, apenas a veinticinco metros del portal de los Urquijo, decidido a esperar a que aparezca alguno de ellos y poder abordarles con alguna excusa peregrina que me permita llevar la conversación hacia el falso documental. Pasan quince o veinte minutos hasta que por el portal asoma uno de los hermanos, inconfundible a pesar de su indisimulada pubertad. Ante mis ojos, pasa Álvaro Urquijo, el que luego será gran guitarrista, músico y cantante de Los Secretos. Pero ahora no deja de ser un chavalín más, que sale apresurado de su casa.

En ese momento me bloqueo y no sé que hacer. Dejo que me coja la suficiente ventaja y lo sigo hasta su destino, que no es otro que una panadería cercana donde pide tres barras de pan muy educadamente. La dueña de la panadería le pregunta por la familia y Álvaro le contesta que todos bien, que su padre fuera trabajando y su madre y abuela allí en casa, esperando que les lleve el pan. Estoy a sólo un metro de Álvaro, al que admiro muchísimo y considero que es uno de los guitarristas y cantante más importantes de este país, alguien con un gusto exquisito para componer y arreglar canciones, el contrapunto ideal para las melodías de su hermano Enrique.

Pero en febrero de 1980, Alvaro Urquijo, es casi un niño de unos dieciséis o diecisiete años, tímido y con un poco de acné juvenil y que al ser el pequeño de los hermanos, debe de estar más que harto de ser el que siempre tiene que salir a hacer los recados familiares. Por mi parte pido unas empanadas, tendré que comer algo mientras dura la guardia y pueda conseguir algo, salgo de la

panadería tras Álvaro y vuelvo al mismo banco donde estoy apostado durante ya un largo rato. Justo al entrar al portal aparece Javier, el hermano mayor de los Urquijo, que le da un pescozón cariñoso a su hermano mientras suben juntos la escalera que da paso al ascensor de casa.

He tenido una buena ocasión cerca, pero me he bloqueado y no he sabido abordarle, así que tendré que esperar mejor oportunidad y aplomo. Me armo de valor para seguir esperando en mi lugar y casi rezo para que los Urquijo no sean de sobremesa larga y siesta posterior porque si es así me esperan largas horas en este banco sombrío del parque. Ya son las dos y media y mi cabeza divaga sin cesar sobre los acontecimientos que estoy presenciando y sobre todo, los que se avecinan. De repente, una voz suena detrás de mí. Una voz apremiada, apresurada, me pregunta si llevo hora.

—Las tres menos veinte -digo sin prestar demasiada atención al chico que me ha preguntado.

Es Enrique Urquijo. Tenerlo ante mí me produce una conmoción impresionante. Tan joven, tan lleno de ímpetu e impaciencia, con su característica mirada, entre perdida y melancólica, que le acompañó siempre. Verlo y tenerlo enfrente me supone un terrible shock emocional y noto como mi mente pugna con mi corazón para aguantarme las lágrimas de emoción y para reprimir las ganas de darle un abrazo. Pero quedaría raro que un tipo al que no conoces de nada, que simplemente te ha preguntado la hora se te ponga a llorar y darte abrazos... Así que intento recomponerme de alguna manera, pero uno de mis grandes defectos es que no soy muy bueno disimulando emociones así que Enrique, extrañado, al verme tan turbado me pregunta:

—Oye, tío, ¿estás bien?

—Sí, sí, perdona, es que acabo de recibir esta misma mañana la noticia de que un amigo muy querido ha tenido un accidente en Inglaterra y ha fallecido y cuando me has preguntado andaba muy concentrado en mis pensamientos, disculpa. -Cómo explicarte, Enrique, que el amigo fallecido eres tú, que me alegra tanto poder verte y que estoy aquí recomponiéndome un poco de la emoción por verte...

—Pues mira, no sabes cómo te entiendo, tío. A mis hermanos y a mí nos ha pasado algo parecido hace apenas un mes. Un amigo del colegio de toda la vida, que además estaba con nosotros en un grupo de música que tenemos, tuvo un accidente absurdo e increíble el día de Nochevieja y nos ha dejado a todos totalmente hundidos. Yo, personalmente, no consigo pensar en otra cosa que en él, en su mala suerte y en lo injusta que es la vida, que se lleva a un chaval por delante cuando estaba más que feliz con su novia, con sus amigos, con nuestro grupo. Créeme, tío, entiendo por lo que estás pasando -me dice Enrique, rememorando aquellos días fatales y aún demasiado cercanos en los cuales Canito, su amigo, se debatía entre la vida y la muerte en el hospital.

—Yo no consigo entender la fragilidad y la injusticia de la vida, que no perdona a nadie, joven o viejo, malo o bueno, genial o mediocre. Además, imagino que ni siquiera has podido despedirte de él y es una putada muy grande. Por cierto, me llamo Jose, encantado. Soy de aquí, pero vivo a medias entre Madrid y Liverpool. Trabajo en una productora de televisión de allí y me han encomendado un trabajo de investigación para un posible reportaje -le acerco una de las tarjetas de visita, convenientemente escritas en inglés por Amalia para impresionar. Es que un montón de amigos de aquí, me han comentado por carta que desde hace un par de años se está cociendo todo un movimiento alternativo musical, con nuevos grupos y tendencias. Y mis jefes de Liverpool quieren que, ya que tenía que viajar a Madrid para ver a la familia, me entere de lo que va pasando y si es cierto que hay nuevos grupos que aporten algo nuevo, diferente, no los típicos solistas para fans. Dicen que han surgido bandas de onda punk, mod, pop, imitadores de la "new wave" británica, ¿sabes algo de eso?

—Pues yo me llamo Enrique y tu trabajo me parece fascinante. Nunca pensé que lo que estamos haciendo por aquí pudiera interesar a nadie más que a nosotros y nuestros colegas.

—¿Y dices que tienes un grupo?

—Como te he comentado tengo un grupo con mis hermanos que se llama Tos y que ahora no sabemos por dónde tirar. Igual lo dejamos porque sin Canito yo no me veo con fuerzas de seguir. Ha sido un palo muy grande, pero sí que es cierto que hay varios grupos nuevos funcionando por Madrid. Tenemos algunos colegas que tienen grupos similares al nuestro, como los Nacha Pop, los Mamá, Tótem o Los Modelos y otros que llevan una onda más punk o siniestra como Pegamoides o Paraíso. La verdad es que sí que somos unos cuantos grupos y mira, si te interesa el tema, justo este fin de semana se va a hacer un concierto para recordar a Canito, donde vamos a tocar un montón de los que te he comentado.

—Me encantaría asistir, ¿tú crees que podría conseguir entradas?

—Claro que podrías y ya allí, ves lo que hacemos por aquí y si te interesa hacer ese reportaje. No somos gran cosa, lo intentamos, pero aún no somos profesionales aunque sí tenemos mucha ilusión. O al menos, nosotros teníamos ilusión hace poco más de un mes, pero lo de nuestro colega a mí me ha dejado con pocas ganas de seguir. Yo creo que daremos este concierto con un batería prestado de otro grupo amigo y lo dejaremos. Sin él y su vitalidad esto tiene poco sentido.

—Pues muchas gracias, no sabes lo mucho que me has ayudado.

—Pásate si te apetece por la calle Tablada número 25 mañana y allí te podrás encontrar con algunos de los grupos que van a participar en el concierto y te podrás hacer una idea de lo que estamos haciendo. Yo te recomiendo a los Mermelada, que ya han sacado un disco y son muy cañeros y a los Nacha, que tienen dos compositores de puta madre, Nacho y Antonio. Y luego los Mamá, que con mi amigo José María hacen temas muy poperos y muy guapos. Aunque igual tú viniendo de Inglaterra y con el nivelazo que hay allí de grupos esto te va a a parecer muy cutre, pero si te interesa, allí estaremos mañana a mediodía, rematando los últimos ensayos y pruebas de sonido. Y ahora, me voy que mi madre habrá puesto el grito en el cielo con las horas que se me han hecho y estarán todos esperándome para comer. Lo dicho, a ver si te pasas mañana por los locales de ensayo, nos vemos y ya les comentas a todos estos lo del reportaje, que seguro que les mola la idea. Un placer, tío, y lo siento mucho por tu amigo. Vaya palo, bien lo sé -me dice finalmente Enrique.

—Gracias de nuevo, vaya casualidad que tengas un grupo con tus hermanos y hayamos podido coincidir. Me viene genial haberte podido conocer, no sabía bien por donde empezar porque estoy bastante desconectado de la movida musical que hay en España. Apenas vengo unos días al año a ver a la familia y luego, retorno a Liverpool a mis quehaceres. Y nada, tío, mucho ánimo y a seguir, seguro que sois muy buen grupo y podéis recomponeros y continuar. Por allí me verás mañana, mil gracias por la invitación, Enrique.

—Nada, que va, si ya ves, si somos unos cuantos chavales con ganas de hacer música, no te vayas a crear falsas expectativas, que somos unos aficionados por mucha ilusión que le pongamos. Si ves que no estoy yo por allí di que vas de mi parte a mi hermano Javier o a cualquiera de los Mamá o los Nacha Pop y seguro que te atienden de puta madre. Y me voy, que definitivamente mi madre me va a matar. Un placer, Jose, nos vemos.

Cuando por fin Enrique emprende raudo camino hacia su portal me tengo que sentar en el banco y me tiembla todo el cuerpo. Tengo que respirar muy profundamente para no derrumbarme en lágrimas y sacudirme la impresión y la congoja que me ha supuesto encontrarme con Enrique. Por supuesto, que también me ha gustado ver a Álvaro en la panadería o fugazmente a Javier en el portal pero es que Enrique, en mi mundo, en el mundo real del común de los mortales, lleva dieciocho años sin estar entre nosotros y acabo de hablar con él por tercera vez en mi vida como si eso fuera lo más normal del mundo.

Para alguien como yo tan seguidor de su música, que tanto me ha influenciado en lo musical como en lo personal, esto es un regalo del cielo que no sé cómo digerir ahora mismo. Sentí y siento tanto su pérdida que ahora verlo tan joven y tan ingenuo es un subidón de emoción que necesito un tiempo para poder controlar.

Al rato y ya un punto más calmado de tanta emoción me doy cuenta de que acabo de conseguir un punto de partida. Enrique Urquijo me ha invitado a pasarme por los locales de ensayo de Tos en la calle Tablada 25, para presenciar las últimas pruebas de sonido de algunos de los grupos que van a participar en el tributo a Canito. Son ya las tres y media pasadas y creo que nada más puedo hacer aquí sentado en este banco del parque. Ya sería demasiado tentar la suerte esperar otro rato largo más y volver a hacerme el encontradizo con cualquiera de los Urquijo, así que marcho de allí con aún un poco de temblor interior ante las emociones tan intensas que he podido sentir.

No llevo mucho tiempo de asesor histórico de la Cancillería y evidentemente mi primer viaje con don Leandro a la proclamación de la República me impresionó mucho. También estuve brevemente oteando en la Prehistoria e incluso media hora en el mundo romano y en la España medieval del siglo XII. Pero puedo asegurar que volver a reencontrarme con Enrique Urquijo cara a cara, volver a hablar con él y verlo tan joven y lleno de vida supera muy mucho todo lo que yo haya podido ver en este insólito trabajo. Soy muy consciente de que ni en el mejor de mis sueños hubiera podido volver a ver a Enrique. Quizás sólo por eso vale la pena este viaje y la locura en la que se ha convertido mi vida tras ser reclutado.

Dirijo mis pasos de nuevo hacia la parada de metro más cercana y decido sobre la marcha parar en la zona de Malasaña. Creo que voy a pasarme por el Penta y tomarme algo en el Vía Láctea y si se da la ocasión y emulando a los Mecano en su famosa canción “Me colé en una fiesta”, intentar colarme en la famosa “Casa Costus” que era la vivienda de dos pintores de la época que utilizaban imágenes costumbristas de la España de postguerra adaptándolas a los nuevos tiempos y a su sensibilidad pictórica personal. Se podría afirmar que “Casa Costus”, salvando las distancias o sin salvarlas, que ya va siendo hora de poder decir bien alto que nuestra cultura en todos los ámbitos no le tiene nada que envidiar a nadie, era como la Factoría de Andy Warhol. Un lugar donde los artistas de la época se juntaban para fantasear con nuevas formas artísticas poco convencionales, plasmarlas y por supuesto, también divertirse.

“Costus “era diminutivo de costureras y así era llamada la pareja artista plástica formada por Juan Naya y Enrique Carrero. El apelativo de “costureras” y luego su reducción a “Costus” se debió a que por su casa, siempre llena de gente, se cotilleaba mucho sobre los demás artistas del momento. Un poco a imagen y semejanza de un taller de costura lleno de mujeres que pasan su tiempo hablando de unos y de otros.

Algunos personajes de la “Movida Madrileña” prácticamente vivían allí o pasaban muchas horas entre esas cuatro paredes localizadas en la calle Palma, muy cerca del Penta. Personajes clave para entender lo que ocurrió en aquellos años de efervescencia musical como Fabio Mcnamara, los hermanos Auserón de Radio Futura, Alaska con todos sus compañeros Pegamoides, Tino Casal, Pedro Almodóvar y un sinfín de artistas hoy plenamente reconocidos desfilaban por aquella casa para compartir experiencias o simplemente divertirse.

Aprovecharse de la ocasión merece la pena: acercarse al Penta y tomar algo mientras disfruto de buena música, tomar una cerveza en el cercano Vía Láctea y entretanto, trazar algún plan para poder colarme en Casa Costus, que según las fuentes, estaba siempre ampliamente concurrida.

El metro está ahora bastante más tranquilo que antes aunque la neblina provocada por los fumadores no cesa en ningún instante y es difícil acostumbrarse. Bajo en la parada de San Bernardo y nada más salir, tomo conciencia de que el barrio de Malasaña tiene más encanto en los ochenta que en mi época. Multitud de tabernas típicas con grandes barriles de vino adornando los locales y su olor a vino añejo inundan las calles. Creo reconocer una pequeña bodega a dónde acudí en 2005

y que luego nunca llegué a volver a localizar jamás. En su día me gustó precisamente porque parecía anclada en el tiempo, pero ahora, en cambio, parece incluso una de las más nuevas y aseadas del contorno. No me resisto a entrar y rememorar viejos recuerdos de mis primeros viajes a Madrid con aquellos vinos que sirvieron de inicio de noches gloriosas en las cuales pude acudir a conciertos como el de Hombres G en La Riviera o el del Gran Wyoming o Quique González en Galileo Galilei. Cuatro años después, yo mismo tocaría allí en un tributo precisamente a Enrique Urquijo con el cual, paradójicamente y apenas hace un rato, acabo de charlar.

Ya hace más de diez años de aquello. O mirándolo desde esta perspectiva, quedan veintisiete para que pase eso. Porque estar en este trabajo te hace perder la noción del tiempo. Lo que para ti pertenece al pasado en esta realidad no ha ocurrido ni por asomo. En este Madrid de aquí y ahora, no podría ir a ver un concierto de Quique González, más que nada porque Quique en 1980 debía de ser un niño pequeño que correteaba junto a sus amigos por las calles de Madrid. Paradojas temporales de este cometido mío como asesor de la Cancillería.

Un par de vinos en la bodega y un pequeño paseo por Malasaña me llevan cuando son casi las seis de la tarde a la puerta del pub Vía Láctea. Al entrar, me doy cuenta de lo nuevo que parece todo. Es muy diferente a cómo lo he encontrado en otras ocasiones en que lo he visitado. Los dueños son chicos jóvenes, al igual que sus trabajadores y aún no están todos los carteles que adornan sus paredes en mi tiempo. Echo de menos el cartel del mítico concierto de los Ramones teloneados por Nacha Pop, pero claro, eso en 1980 aún no ha sucedido. Los Nacha apenas han comenzado su andadura y de hecho, el concierto homenaje a Canito casi será su primera prueba de fuego ante un gran público ya que ni siquiera tienen un disco grabado en el mercado. Los que sí que ya están en el pub son los murales de Costus, que decoran las puertas de los baños y lucen en todo su esplendor.

Esta cerveza en el Vía Láctea, me hace soñar con nuevas ilusiones por cumplir en este apasionante viaje que estoy realizando. Aquí presentarán con una fiesta country, Los Secretos, seis años después su disco de reentrada en la escena musical titulado “Continuará”. Entre ensoñaciones visualizo lo que está a punto de ocurrir. Aún no cumpliendo todas mis expectativas en este periplo, lo que sí es prácticamente seguro es que podré de nuevo presenciar un concierto donde estarán Enrique Urquijo y Antonio Vega liderando a Los Secretos y Nacha Pop, respectivamente. Y eso ya justifica el viaje aunque no consiguiera nada más. Eso sí, la sensación alegre de poder verlos en plenitud de facultades se mezcla con la tristeza de saber que en mi realidad ellos ya no están con nosotros y nos tenemos que conformar con convertirlos en inmortales gracias al legado musical que nos han dejado.

Ser asesor histórico de la Cancillería tiene una carga emocional muy complicada de sobrellevar con entereza. Te sitúa en una dimensión superior en la cual todas tus certezas, todas tus penas, en este caso por añorar a dos de mis ídolos musicales, son de repente echadas por tierra ya que te encuentras frente a frente de nuevo con ellos, tal y como los recuerdas algunas noches nostálgicas cuando vuelves a ver vídeos en Youtube. Aquí Youtube es una utopía, ni siquiera existen los vídeos, ni de sistema Beta, ni VHS ni 2000, nada de eso existe aún. Imaginaos cómo explicar el mundo que vendrá después con la era de Internet o las redes sociales.

En todo esto voy pensando mientras poco a poco, me voy acercando al Penta ya en la calle Palma. El aspecto es muy rompedor y al entrar miro hacia arriba y por supuesto, no están las míticas fotos de Enrique y Antonio Vega que ahora jalonan su entrada. Al fondo, tampoco está el mural que pintó Teresa ayudada por Antonio Vega y la música de fondo es muy “new wave”. Ahora mismo suena “Stop your sobbing” de los Pretenders, versión de The Kinks, que por aquel entonces, debían de haber sacado su primer disco y a los que hace apenas unos meses pude ver en Marbella en un concierto de la incombustible y genial Chrissie Hynde liderando a unos Pretenders renovados pero impregnados de la magia de sus canciones imperecederas en el tiempo.

Al igual que me ha ocurrido antes en el Vía Láctea, todo me parece muy nuevo y es que en 1980 el Penta apenas tiene cuatro años de recorrido y resulta conmovedor saber que ni los dueños ni

los clientes son conscientes de que el local que regentan y frecuentan va a tener un hueco importante en la Historia de la Música Pop-Rock de nuestro país. Me acerco a la barra y me pido una nueva cerveza. Tengo que empezar a controlarme porque entre cervezas y vinos me empiezo a encontrar en un estado ya cercano a la euforia. Nada más saborear un largo trago de mi copa, algo hace que casi se me pare el corazón de un golpe. Es tal la impresión que intento ponerme en pie y caigo desde la banqueta hacia el suelo dándome un formidable y ridículo porrazo.

Acaba de entrar Antonio Vega por la puerta acompañado de una chica, que sin duda debe de ser Teresa, la que fue su novia y mujer. No están sus frases adornando las paredes del local ni sus fotos recordándonos lo grande que ha sido. Ni siquiera aún "Chica de ayer " es un clásico del lugar pero resulta lógica su presencia aquí como cliente habitual que fue en estos tiempos. Ahora no es el protagonista del local ni su motivación para seguir adelante rindiendo culto a quién lo popularizó nombrándolo en uno de los himnos del pop español. Aquí sólo es un chico de veinte años, que tiene un grupo musical que está empezando y que normalmente, se deja caer por el que es uno de sus locales favoritos. En el pub apenas debe de haber unas diez o doce personas y mi ridícula caída ha levantado las carcajadas de casi todos los allí presentes. Es el propio Antonio quién me ofrece su mano para ayudarme a levantarme y recomponer mi figura con la mayor dignidad posible tras el descalabro.

—¿Te encuentras bien, tío? Te has dado una hostia terrible y estás blanco como el papel -me comenta Antonio, con una leve sonrisa irónica aflorando en su boca.

"Ay, Antonio", digo para mis adentros. Si tú supieras lo que vas a llegar a ser y significar para un montón de gente que te seguirá toda una vida... Si tú sospecharas que vas a ser la mejor mezcla de poeta, músico genial y voz de seda que el rock patrio ha dado y dará por siempre... Pero no, ahora no lo sabes, aquí y ahora sólo tienes veinte años y te hace gracia cómo un tipo se ha caído cómicamente de una silla justo cuando tu entrabas a un local, que dentro de tres décadas se convertirá prácticamente en un santuario de peregrinación en tu memoria.

Yo mismo he escuchado "Lucha de gigantes " en una esquina del Penta en 2010 apenas unos meses después de que te fueras y te he sentido allí conmigo, en una tarde de sábado, con el local casi vacío y con la sensación de echarte tanto de menos. Ahora, socarronamente, te ríes de mí y me ofreces tu mano para levantarme y yo apenas consigo recomponerme un poco para darte las gracias y musitar que no, que no me he hecho daño. Desde luego, no voy a dejar pasar la ocasión de poder hablar con Antonio Vega ya que en mi vida normal sólo puede hablar con él brevemente en dos ocasiones.

A duras penas y de forma balbuceante, logro presentarme e invitarle a una copa que me sirve de preludio para poder iniciar una conversación en la que le cuento mi coartada de ser el representante de una productora de Liverpool, interesada en plasmar en un reportaje lo que en Madrid está ocurriendo en materia musical.

— Pues aquí, tío, han aparecido bastantes grupos de muchas tendencias y yo mismo junto a mi primo Nacho y un par de amigos más, hemos formado un grupo que empieza un poquito a sonar por las emisoras de radio independientes de Madrid y bueno, vamos tocando aquí y allá. Este sábado tocamos en un concierto junto a bastantes grupos más en un homenaje que le vamos a hacer al batería de un grupo de amigos, los Tos, que falleció tras un accidente en la nochevieja pasada.

—Si, ya me he enterado, he conocido a uno de los Tos, a Enrique y me lo ha comentado e incluso me ha invitado a acudir a los ensayos de mañana en los locales de la calle Tablada. Se le veía jodido, al pobre, no saben si van a seguir tocando después del sábado -le digo a Antonio que parece bastante locuaz.

—Sí, es que ha sido muy duro para todos los que frecuentamos los locales, los pubs y en general, para todos los que estamos en este pequeño mundillo. Enrique es muy amigo mío y es un tío muy brillante, está empezando a hacer canciones súper chulas, pero es un chaval muy sensible y esto de Canito le ha dejado fatal. El día que murió, el que peor estaba era él, no podía apenas articular palabra, se quedó destrozado. Todos nos quedamos hechos mierda. Canito era pura alegría

y fuerza, un tío de los que vale la pena. Y un gran músico. Él era el líder de Tos y estaba convencido de que iban a triunfar y contagiaba su euforia a todo aquel que se le acercaba. Mi hermana Marta estaba con ellos cuando sucedió el accidente.

—El destino a veces nos gasta estas malas pasadas que no podemos entender.

—Una locura, tío, ni siquiera fue un choque frontal sino una serie de casualidades de mierda que hicieron que el pobre Canito saliera disparado por los aires y tuviera ese final. Mi hermana aún está que casi ni quiere salir de casa y los demás estamos como en un mal sueño. Menos mal que a Javier, el hermano mayor de los Urquijo, se le ocurrió organizar el concierto homenaje, que al menos nos está entreteniendo para no pensar demasiado y a la vez, nos da la sensación de poder despedirle no en un cementerio y con lágrimas en los ojos sino con un concierto, como a él le hubiera gustado.

—Es una lástima, pero nada se puede hacer más que conformarse.

—Los Urquijo se han quedado muy hechos polvo, tío. Canito tiraba de ellos porque era más extrovertido y yo, la verdad, espero que pasado un tiempo, los tres hermanos remonten el vuelo porque para mí de todos los grupos que estamos ahora mismo empezando a sonar, ellos son los mejores. Tienen dos guitarristas buenísimos como Javier y Álvaro y Enrique, aunque muy tímido, con su bajo, en cuanto suelte esa timidez suya es un cantante acojonante. Por mi parte, no sé cómo lo haremos, pero ojalá los podamos convencer de seguir adelante con el grupo, porque tienen muchas cosas que decir aun sin Canito, que era la alegría del grupo y un muy buen baterista -me dice Antonio, con ese poso suyo de profundidad que luego tan buen resultado le dio en su carrera.

La verdad es que tras el sobresalto y emoción inicial, la conversación con Antonio y Teresa se torna más que interesante. Llego a olvidar por un instante que estoy hablando con un mito, que además ya no está entre nosotros en mi tiempo. La diferencia de edad, les duplico la edad en esta época, hace que me traten con bastante respeto y la posibilidad de que se concrete el tema del documental también ayuda para que conectemos muy bien los tres. Es gracioso o totalmente hilarante, según se vea, que la sensación que tengo al hablar, tanto con Enrique como ahora con Antonio, sea de que ellos me vean como alguien a quién respetar por el cargo que ocupo y mi edad. Madre mía, Antonio, si supieras que en realidad tu siempre fuiste mayor que yo. Al menos en el mundo que yo daba por cierto sólo hace unas semanas. Y sobra decirlo, que el que está viviendo un auténtico privilegio al poder compartir esta conversación con vosotros soy yo aunque no pueda expresarlo con palabras.

Estoy bebiendo demasiado, ya hemos pasado directamente a los cubatas de ginebra y en un momento dado, la conversación da un vuelco y comenzamos a hablar de pintura, de la que Teresa es una auténtica experta. En un arranque de sinceridad que sólo puede darse desde el atrevimiento etílico les termino por hablar también de arte y acabo diciendo:

—Si es que necesitamos espacios donde la gente con talento pueda expresarse libremente. Necesitamos que la calle, los pubs, las salas de concierto, el mundo en definitiva, se llene de pintura, de esculturas, de cine, de teatro, de libros, de canciones, de creaciones de gente joven y libre que pueda expresar su arte sin cortapisas. Aquí por ejemplo, en este garito, ¿no creéis que quedaría de puta madre un mural ahí al fondo? Si todas las paredes, radios, lienzos, hojas en blanco y demás manifestaciones creativas llenarán este mundo todo sería de otro color. Porque existen artistas ávidos por tener esos lugares de expresión. De esa manera, esta ciudad y este país sí que empezaría a dar pasos hacia la modernidad, a poder equipararnos al resto de Europa en cuanto a respeto y cuidado de nuestra cultura, que tíos, os aseguro que no tiene nada que envidiar a nadie.

Tras la perorata me disculpo y voy hacia el baño y una vez allí, bastante borracho, caigo en la cuenta de lo que acabo de hacer y decir. ¿Acabo de darles la idea a Teresa y Antonio para que hagan el mural que decora el Penta en nuestros días y realizado poco tiempo después de esta conversación? Y lo que es peor, bebiéndome cuatro copas y siendo un bocazas, ¿no estaré influyendo en la Historia?

Difícil repuesta tienen todas estas interrogantes aunque cuando salgo del baño y me dirijo al

lugar dónde estaban Antonio y Teresa los veo un poquito más allá hablando con uno de los dueños del local. Casi dando tumbos y pensando en desaparecer para no influir con mis comentarios a la posible historia posterior del local, me despido de Antonio y Teresa con un largo abrazo, demasiado largo en el caso de Antonio, que no me ve y no se percata de que una lágrima cae sobre mi mejilla de la ilusión inmensa de poder haber compartido este rato con él.

Doy un último vistazo al local, no quiero ni pensar que la conversación que están teniendo con los dueños es sobre la posibilidad de que Teresa se encargue de hacer un mural para decorar el fondo del local. La duda enorme, y un considerable mareo producido por la tarde plagada de copas que me estoy pegando, de si he influido claramente en la realización del mural del Penta o realmente el destino lo hubiera querido así de todas maneras me consume por dentro. Nunca podré llegar a discernir si el mural se hizo porque el destino lo quiso así o porque ese mismo destino ha hecho que yo esté aquí para sugerir esa posibilidad. Lo que sí es evidente es que este hecho no va a constar en el informe que presente a la Cancillería tras acabar esta misión informativa.

Me siento en una plazuela cercana y mientras intento recomponerme y no vomitar pienso y mi mente vuela. Una de las paradojas de poder viajar a través del tiempo es saber la respuesta a esta cuestión: ¿todo sucederá igual ocurra lo que ocurra o nuestra presencia es necesaria para que lleguemos al 2017 y demos por ciertas las leyendas? ¿Mi viaje aquí, en este preciso instante, ya estaba escrito en el destino? ¿Está en el propio destino del devenir de la Historia que un tipo de cuarenta años viajaría en el tiempo e instalaría en la cabeza de Teresa y Antonio la idea que estaría muy bien pintar un mural en el fondo del Pub Pentagrama?

Es tan difícil contestar a todo esto, que simplemente intento no pensar demasiado en ello para intentar que el mareo y la confusión se me pasen un poco antes de seguir con mi aventura. Tras una hora de debate interno y sin lograr apartar de mi mente todas esas preguntas sin respuesta parece que consigo volver en mí mismo y seguir adelante con mi aventura. Sólo al levantarme del banco que me ha acogido en mis pensamientos me doy cuenta de que treinta años después esta pequeña plazuela tomará el nombre del muchacho con el cual acabo de hablar de música, arte y vida: Antonio Vega. Cerca del Penta y en su honor en 2010 se inauguro la Plaza Antonio Vega que es dónde yo, casualmente, he estado pensando y haciéndome tantas preguntas que sin duda no tienen respuesta.

Son ya las nueve de la noche y tengo la sensación de que el tiempo se me está yendo de las manos como si fuera un reloj de arena acelerado. Pero aún me quedan fuerzas para al menos intentar asomar cabeza por “Casa Costus”. Pero aparte de intentar hacerme pasar por un vecino que pide sal o de un falso vendedor de algo, no se me acaba de ocurrir la excusa ideal para, no sólo asomar cabeza, sino pasar un buen rato allí dentro. No es fácil entrar en casa ajena y “Casa Costus” no es un local público, por mucha gente que lo frecuente. Es un piso de unos 115 metros que sé positivamente que era utilizado como punto de encuentro de muchas personalidades del Madrid de la Movida, pero, ¿cómo entrar sin levantar sospechas?

La providencia me echa una mano cuando veo que al portal se acerca un tipo alto, maquillado como una puerta, delgadísimo y con mucha afectación en su manera de hablar. No tengo dudas de quién es el personaje en cuestión y lo reconozco de inmediato: Fabio de Miguel o como suele hacerse llamar en esta época, Fabio Mcnamara. Es el propio Fabio el que me aborda por sorpresa cuando me pilla observándole con gran curiosidad:

—Hola, ¿eres Pepe, el amigo de Pedro? -me pregunta, al verme tan pasmado fijándome en él. Es que el pasado fin de semana nos dijo que a lo mejor un amigo suyo del pueblo se pasaba por aquí y me pega que seas tu, tan mayor, tan atractivo e interesante... Yo me llamo Fabio, encantada.

—Sí, sí, claro, soy yo, ¿sabes si le falta mucho por llegar? Es que llevo un buen rato esperándole y en su casa no está y como me dijo que pasa mucho tiempo por aquí con sus amigos me he aventurado a venir a ver si lo encuentro. Acabo de llegar de Calzada de Calatrava “bendito Internet y mi trabajo anterior de documentación sobre personajes claves de la época” y esperaba encontrarme con él para que me deje dormir en su casa aunque sea unos días. Quiero buscar trabajo

en Madrid. Pedro y yo éramos vecinos en el pueblo y vengo a la capital a ver si tengo suerte y me enchufa en su curro o lo que salga -le digo celebrando mi buena suerte.

—Pues ya te digo que te va a dar plantón, bonito. Porque Pedro tiene turno de noche en Telefónica y no creo que venga por aquí hoy. Pero tranquilo, que aquí todos somos amigos de él y puedes subir conmigo e incluso no creo que a Enrique y Juan les importe que pases aquí la noche siendo amigo de Pedro. Eso sí, no creo que vayas a dormir mucho, querido.

—Pues muchas gracias, porque ya me veía durmiendo en el metro -exagero, para asegurarme la entrada.

—Aquí siempre hay un ambientazo. Está lleno de amigos y si eres colega de Pedro y además te enrollas y traes unos litrillos de cerveza seguro que enseguida te integras. Y si no, te integro yo, corazón.

La suerte, definitivamente, está conmigo en este viaje. Está claro que acabo de pasar por amigo de Pedro Almodóvar, no creo que haya muchos Pedros que sean de Calzada de Calatrava y sean amigos de Fabio. Sólo espero que no aparezca porque como lo haga me va a tocar salir por piernas. Con esta pequeña mentira sello mi pasaporte para pasar toda una noche en la mítica “Casa Costus” con la única condición de comprar unos litros de cerveza en una tienda de ultramarinos cercana. Por supuesto, no escatimo en gastos y compro diez litros de “El Águila” que provocan la alegría espontánea de Fabio. A ver si sobra alguno y se lo guardo a los compañeros de la Cancillería.

—¡Olé ahí, los chicos rumbosos de La Mancha! -grita en medio de la tienda mientras me estampa un sonoro beso en la mejilla que me deja una marca intensamente roja.

Tendré que andar alerta porque mi emoción por poder traspasar la puerta de “Casa Costus “ es grande y mi admiración por los personajes que allí me pueda encontrar es mucha, pero no para llegar al extremo de que Fabio Mcnamara me sume a la lista de sus innumerables conquistas amorosas de inicios de los ochenta. No busco amor en este tiempo, eso lo tengo garantizado en mi época, pero mucho menos quisiera iniciarme en el amor homosexual. Por muy icono de la Movida que sea el gran Fabio Mcnamara y por mucho respeto que le tenga a todas las tendencias sexuales.

Tras la compra de cerveza entramos al portal de la Calle Palma 14. Unas escaleras de mármol blanco nos conducen rápidamente al primer piso. La puerta, abierta de par en par ya parece indicar que este es un lugar libre de entrada y salida constante de amigos y conocidos de los dueños, la pareja artística y sentimental formada por Enrique Naya y Juan Carrero. Fabio grita y se hace notar al entrar. Me presenta como Pepe, amigo de Pedro y del mismo pueblo. Enseña las bolsas llenas de litros de cerveza que he comprado, lo que me hace popular y aceptado casi al instante.

Estar aquí es como sumergirse en una de las primeras películas de Almodóvar y sobre todo, aquí sí notas el estallido de la Movida. Todos y todo es un canto a la modernidad. Aquí sí hay pelos de colores, trajes estrafalarios y según voy adentrándome en la casa, los dueños ni siquiera están en ese momento, voy alucinando al toparme con algunos personajes clave de todo este movimiento.

Debe de haber unas veinte personas pululando por la casa y repartidas por sus varias habitaciones y estancias pero hay algunas de ellas que inequívocamente reconozco. Estrecho la mano de Nacho Canut, en la actualidad en Fangoria y en ese momento bajista de los Pegamoides; de Bernardo Bonezzi, cantante y líder de Los Zombies, que tristemente desapareció en 2012, pero que aquí es un muchachito imberbe y lleno de gracia; y ya alucino en colores, nunca mejor dicho por su indumentaria, cuando me presentan a un tal Tino, Tino Casal, por supuesto.

Al resto de gente no la reconozco a primera vista, pero van surgiendo nombres y voy ordenando interiormente mis conocimientos musicales y artísticos de la época para afirmar que en ese momento en “Casa Costus”, aparte de los ya citados, están presentes el fotógrafo Pablo Pérez Minguez; Tessa, la bailarina y corista alocada de los Zombies y Miguel Ángel Arenas “Capi”, descubridor en años posteriores de los Mecano o Alejandro Sanz. Ahí es nada, el elenco de personajes con los que voy a compartir la noche.

Toda la casa es muy colorida, la gente habla y habla a gritos, huele a tabaco y hachís. El

ambiente invita a mezclarse con ellos y conversar sobre cualquier tema por trivial que parezca. Esto sí es una noche en la Movida, nada más y nada menos que en uno de los puntos neurálgicos de la diversión ochentera de Madrid.

Los cuadros y murales que están diseminados por toda la casa son imponentes. Allí ya están obras como los famosos retratos de Grace Kelly, “El Sha y Farah Diva” sí, el mismo cuadro que ahora está en casa de Alaska y Mario Vaquerizo y que se vio varias veces en su reality; pinturas de gitanas andaluzas, de estrellas de la canción española, Lola Flores o Marisol. Y todo ello, con el colorido especial que le daban las “Costus” a sus creaciones y que les confieren un aura especial. Todas estas creaciones son sin lugar a dudas, señas de identidad de una época y las “Costus” unos artistas que no han sido puestos en su verdadera dimensión en la actualidad.

En una de las estancias,Tino Casal se está diseñando su propia ropa para actuar, con una blusa a la cual le quiere poner brillantes a ambos lados. Bernardo Bonezzi y Tessa Arranz fuman algo que no huele precisamente a tabaco y beben mientras bailan muy despacito al compás de la música que, de fondo, suena en un desvencijado tocadiscos. Pablo Pérez Mínguez está en un cuarto a oscuras revelando fotos o vete tú a saber qué se hace en los cuartos oscuros de “Casa Costus”.Yo mientras, me siento un convidado de piedra, como una estatua en un jardín botánico de artistas de diverso pelaje que me hacen ser testigo casi mudo de lo que es pasar un día normal en plena Movida, allá dónde se cuece casi todo en una noche como otra cualquiera en la “Casa Costus “ de 1980.

Observando a estos chavales me doy perfecta cuenta de que no son muy diferentes, sí en vestimenta y modo de hablar, a mis alumnos actuales. Al fin y a la postre, la gran mayoría de los que hoy están aquí son adolescentes de entre dieciséis y veinte años a los que se les nota a la legua sus inseguridades y caprichos propios de la pubertad. Realmente, no se comportan como divos ni atisban lo que se está cociendo en esta casa, que no es otra cosa que el inicio de la contracultura que va a cambiar para siempre este país, tras años de dolorosa dictadura.

Aquí todo el mundo parece ser bien recibido. Algunos me preguntan por “mi amigo” Pedro y lo reconozco, miento más que hablo, con la seguridad que me da el saber que dentro de un día estaré fuera de aquí, de este tiempo. Y cuando eso ocurra, todo quedará en una anécdota de aquel amigo de Pedro que no fue tal y que nadie sabía ni de dónde salió ni qué vino a buscar. No me puedo resistir a probar el “cigarro” que me ofrecen unos tipos con pinta de punkies siniestros y claramente lo reconozco, el hash de 1980 coloca bastante más que el que yo recuerdo haber probado en épocas posteriores. Imagino que todo aquí se magnifica en mi mente ya que tengo la sensación de que todo lo que estoy viviendo es prestado, un regalo único que debo y estoy aprovechando.

Estoy sentado en un discreto rincón desde dónde con indisimulada curiosidad voy mirando todo lo que allí ocurre. Fabio se acerca y me ofrece una cerveza y un pitillo. Es como una máquina de hilar palabras pero yo a estas alturas estoy de nuevo lo suficientemente borracho como para no tener ni la más remota idea de lo que me quiere transmitir y me limito a asentir como los perros ochenteros, esos que se ponían en las repisas de los coches.

En un visto y no visto, me pone la mano encima de la pierna y decide ir claramente más al centro del objetivo. Es cierto que me lo llevo temiendo toda la noche. Fabio Mcnamara quiere ligar conmigo y yo, un provinciano amigo de Pedro, con cara de panoli debo de ser la víctima propiciatoria ideal. Aún más, teniendo ya las defensas bajas tras tantos excesos etílicos. Me levanto como un resorte cuando noto que su mano se dirige ya sin disimulo alguno a mi entrepierna y su cara se acerca a la mía con la lengua fuera. Huyo rápidamente poniendo la excusa de ir al baño, pero Fabio que es muy histriónico, pero no tiene nada de tonto, parece captar la indirecta de que por ahí no conseguirá nada conmigo y enseguida cambia de objetivo, un amigo de Pablo Pérez Mínguez parece infinitamente más receptivo a sus afectos.

El sueño comienza a vencerme y noto un sopor que me envuelve en un estado casi de duermevela en el cual aún consigo conocer en persona a los dueños de la casa. “Las Costus” aparecen en escena. Enrique Naya es moreno, con el pelo muy largo y mirada interesante, como

perdida. Bastante similar a Juan Carrero, que en cambio, es de un rubio intenso y una altura similar a la de su compañero sentimental y artístico.

No parecen sorprendidos en absoluto de que al llegar a casa haya como unas treinta personas pululando y divirtiéndose. Y aún menos reparan en mi, situado en un rincón de la estancia principal con cara de anonadado cuando caigo en la cuenta a quién traen junto a ellos. Es una chica muy jovencita, no debe de tener más de quince o dieciséis años. Su pelo está cardado y con muchísimo volumen, lleva una chupa de cuero roja y mil abalorios esparcidos por muñecas, brazos y cuello que adornan su ya de por sí potente imagen. Estoy casi al borde de la habitación del sueño, que diría mi admirado periodista boxístico Jaime Ugarte, pero no tanto como para no darme cuenta de que la recién llegada es Olvido Gara, Alaska.

Los dos pintores parecen tratarla casi como a una hermana pequeña, dejando traslucir el gran cariño que le profesan a esta pequeña extraterrestre que a no mucho tardar se convirtirá en la princesa de la Movida y una de sus imágenes más icónicas tras su paso por Kaka de Luxe, Pegamoides, Dinarama o su estelar papel en el mítico programa televisivo “La bola de cristal”. Ahora en cambio, no deja de ser casi una niña, fascinada por sus “hermanos mayores” y tras saludar a Nacho Canut les oigo quedar para el día siguiente para acabar de rematar los temas que van a tocar en el tributo a Canito.

Muy poco tiempo después aparece otro Pegamoide, Carlos Berlanga, con pinta de tímido y refugiado tras unas gafas negras muy típicas de la época, con esos cristales tan grandes que ahora en 2017 se han vuelto a poner de moda. Su carisma y popularidad entre los presentes es más que evidente, de hecho puedo asegurar sin riesgo a equivocarme, que todos se turnan para conversar o ligar con él. Chicos y chicas, sin distinción.

No me cabe duda de que la libertad sexual de este lugar es muy grande. Ya he visto de todo, chicas con chicos, chicos con chicos o chicas con chicas. Y luego he visto a esos mismos cambiar de objetivo tan fácil como de acera, en apenas unos minutos. Tampoco sería justo que os pensarais que esto es una especie de orgía. Todo parece quedar en flirteos más bien inocentes, besos robados y sobre todo, miradas de gente que se nota que vive intensamente. Es lo que más me admira del lugar: las caras llenas de vida, la ilusión de comerse el mundo que parecen tener todos los presentes.

Una última calada a algo que evidentemente no es un “Celta Corto” acaba de transportarme al séptimo cielo. Veo a Alaska bailando con Berlanguita y el resto, cada uno a sus movidas. Unos a intentar ligar, otros a desmadrarse bailando y finalmente, algún fotógrafo intenta convencer a los dueños de la casa de que se dejen fotografiar junto a alguno de sus cuadros, diseminados por toda la casa. Pablo tira fotos aquí y allá y yo intento volver la cara en todas o escabullirme en el último momento para no salir. No es plan que en una exposición fotográfica organizada para recordar la Movida en mi tiempo, aparezca yo con cara de borracho y fumado en “Casa Costus”. No le haría demasiada gracia a don Leandro, siempre tan recto.

Tessa ha caído presa del sueño y apoya su cabeza en mi hombro y yo sin fuerzas ya para nada, hago lo propio junto a la suya. La última imagen que intuyo entre tinieblas es a algunos de los Radio Futura entrando en la casa, me parece reconocer en un casi letargo a Santiago Auserón, Enrique Sierra y Javier Furia, pero mis ganas de Movida se ven frenadas por el tremendo resacón y el sueño invencible que ya definitiva e irremediablemente me vence. Desde luego, ha sido un día de lo más completo. Un día en el cual he podido hablar con los Hermanos Urquijo, con Antonio Vega, conocer a las “Costus”, a Bonezzi, Alaska, Berlanga, Nacho Canut, Tessa, Tino Casal, Pablo Pérez Mínguez, a los Radio Futura... No está mal para ser mi primer día en 1980, me digo, mientras Morfeo me acoge entre sus brazos dejándome una sonrisa en la boca.

No duermo demasiadas horas. En cuanto diviso lo que creo son los primeros rayos de sol, en realidad son ya las once de la mañana, despuntando en el salón de “Casa Costus” me desperezo y con todos durmiendo por doquier, me deslizo sigilosamente hasta la puerta de salida no sin antes dar un último vistazo a toda esa gente tumbada, roncando y durmiendo la mona.

Eso sí, mucha genialidad entre los durmientes, pero huele a tigre de Bengala, como en

cualquier lugar cerrado tras un fiestón de esas dimensiones. Fabio babea abrazado a Tino, Alaska ya no está pero sí algunos de los Pegamoides esparcidos por el suelo. Tessa despierta un momento y es la única que me ve salir de la casa con mirada perdida antes de volver a caer en un espero reparador sueño. Todos ellos, todos los aquí presentes fueron en menor o mayor medida protagonistas de esta época genial y seguramente irrepetible del cambio social generado en España tras la muerte de Franco. Y yo, un tipo que en este año apenas acababa de entrar en el parvulario, he sido testigo directo de una noche en "Casa Costus". Y por cierto, ha sido genial.

Al salir de la casa, me enfrento a un nuevo día. Hoy ya es 8 de febrero, estamos a poco más de un día para que se celebre el concierto homenaje a Canito y debo de ingeniármelas bien para poder colarme en todos los acontecimientos previos al evento. Sin pensarlo demasiado, cojo la primera boca de metro que diviso y me dirijo hasta el Barrio de Tetuán. Allí en la calle Tablada, en el número 25, están los locales de ensayo del mismo nombre que van a acoger los últimos retoques en forma de pruebas de algunos de los grupos participantes en el concierto de mañana. En la calle Algodonales, muy cerca de Tablada 25, diviso un bar de esos tan típicamente madrileños, que huelen a fritanga celestial. Un café reparador y unos churros aun más reparadores comienzan a paliar el tremendo clavo en la cabeza que tengo tras tantas emociones y excesos vividos ayer.

Si todos los días en el Madrid de la Movida son así, no es extraño que algunos de sus componentes no hayan llegado a viejos. Aquí hay mucho nivel, pero nivel en todos los sentidos: Se bebe mucho, se fuma aún más, se trasnocha y se disfruta todo con una intensidad brutal. De las cosas que más me sorprendieron ayer noche en la casa de los pintores fue que se hablara de lo que se hablara: música, arte, coches ,motos, pintura, del tiempo... se hacía todo a máxima intensidad.

Se notan mucho las ganas de transgredir y trascender, de pasarlo bien, de experimentar con todo, porque todo está por venir en este tiempo. Yo ya nací en casi democracia y mi adolescencia y vida adulta la he vivido en una España diferente a esta que estoy viendo aquí. La España de 1980 apenas acaba de salir del cascarón y se está sacudiendo casi cuarenta años de dictadura, de censura, de castrar el pensamiento libre. Y eso es grande, hermoso. Te cuesta resacas endiabladas, pero es algo incomparable el poder ser testigo de todo esto aunque sólo sea durante tres días.

Son ya las doce y media del mediodía y el bar que me ha cobijado está prácticamente enfrente de los locales de ensayo. Va a ser cuestión de echarle paciencia y esperar a que aparezca alguno de los Urquijo y luego ya veremos. Primero, cómo consigo entrada para el concierto y segundo, ver como me infiltro en las famosas negociaciones de los grupos, que si no me fallan las fuentes, serán esta misma noche.

Entretanto, hojeo los periódicos del día. Empiezo a acostumbrarme a la época y sus noticias. Me llama la atención las declaraciones del cineasta Luis García-Berlanga en contra de la proliferación de festivales de cine, ironías del destino, estuve ayer noche con su hijo de fiesta; los artículos en favor del deporte para combatir la mala salud o la noticia de que a un atracador casi le sale bien el plan de robar medio millón de pesetas de un banco, en mi mundo medio millón son tres mil euros y puede resultar un botín insuficiente para jugársela de esa manera, pero en 1980 quinientas mil pesetas era una fortuna que prácticamente te arreglaba la vida.

En la sección de deportes, el seleccionador nacional de fútbol, Ladislao Kubala, ha dado la lista de seleccionados para el cercano partido ante la República Democrática Alemana, cabe recordar que entonces existían dos Alemanias: la Federal controlada por el capitalismo y la Democrática bajo órbita comunista. La guerra fría en todo su esplendor. En esa lista de seleccionados reconozco a alguno de mis ídolos de niño. El portero Arconada, de la Real Sociedad o el extremo Juanito del Real Madrid, eso sí era un 7 como dios manda. Luego, hubo buenos herederos con Butragueño y Raúl, pero ahora, el fútbol tal y como lo conocí yo de niño no existe. Y sí, CR7 es buenísimo, pero para mí, incomparable en carisma al gran Juanito o al Buitre.

Ojalá la Cancillería permitiera alguna excepción porque el pobre Juanito no merecía morir como lo hizo, de copiloto camino a Mérida, donde estaba entrenando y tras presenciar un partido entre su Real Madrid y el Torino italiano en el Estadio Santiago Bernabéu. Fantaseo incluso con la

posibilidad de salvarlo. Pero no hay excepciones y la Historia debe seguir tal y como la conocemos porque como bien me hizo comprender Don Leandro, el más mínimo cambio puede tener unas consecuencias tan imprevisibles como catastróficas.

En todas estas disquisiciones casi metafísicas me encuentro, cuando veo que se abre la puerta de los locales de Tablada 25. Reconozco a varias personas de inmediato: José María Granados, del grupo Mamá, a Juanma del Olmo, que aún ni él lo sabe, pero muy pronto será el guitarrista de Los Elegantes y finalmente, un chico de baja estatura que es el que abre la puerta para que vayan entrando todos, apostaría sin temor a equivocarme, que es el guitarrista y cantante de los Mermelada, Javier Teixidor. Por cierto, uno de los testigos directos del terrible accidente de Canito. De hecho a su coche, sensiblemente más lento, esperaban todos en la cuneta de la Nacional VI cuando ocurrió la funesta tragedia. Cuando aquel conductor borracho impactó con uno de los coches que estaban esperando a Teixi. Con la mala suerte de que se produjo un efecto en cadena: el conductor borracho impactó con el coche vacío de los chicos que estaban fuera de él, esperando ver llegar a Teixi. Al chocar, el propio coche impactó con el siguiente y mandó por los aires a Canito. Una auténtica desgracia que acabó con Teixi encontrando a Canito tendido y malherido a unos metros de su coche recién llegado.

Me acerco hacia ellos y pregunto por Enrique Urquijo. Les cuento con todo lujo de detalles mi falso proyecto del documental y todos se tragan la farsa y me franquean el paso atosigándome a preguntas, maravillados de que sus andanzas puedan haber llegado a oídos de los británicos y que estén dispuestos a entrevistarles y a realizarles un reportaje. No podemos obviar que yo vengo del futuro y en ese futuro, muchos de los aquí presentes son muy admirados, pero aquí simplemente son unos chicos casi anónimos con ganas de hacer cosas, pero aún sin fama alguna que se ven un poco deslumbrados por un tipo bastante mayor que ellos, que empatiza con sus pensamientos y que además, tiene poderosos e influyentes contactos con una productora televisiva de Liverpool. Así que el recibimiento que me dispensan es mucho más que cordial, con ganas de agradar para tener su espacio en ese hipotético y falso reportaje.

Evidentemente, ellos no pueden llegar ni siquiera a sospechar que son ellos los que me despiertan interés y admiración. Yo soy realmente su fan, pero ellos no lo pueden saber, claro. Y con su simpatía, cada uno de ellos intenta coger posiciones para salir en el hipotético documental. Ya dentro de los locales, voy recorriendo algunos de ellos y me reconforta pensar que al menos este lugar ha llegado hasta mis días. Si bien es cierto, que he leído últimamente que están atravesando dificultades económicas y buscan inversores o nuevos dueños, la realidad es que los locales de ensayo de Tablada 25 siguen en pie en el 2017.

Hay unos pocos curiosos y amigos observando a los grupos ensayar y entre ellos me llama la atención una muchacha muy joven, desaliñada y muy punkie, una pequeña Ana Curra en miniatura, que va acompañada por un chico un poco mayor que ella que se parece muchísimo a Toni Alcántara de la serie "Cuéntame".

Me oyen hablar con los grupos y se me presentan acribillándome a preguntas sobre el pretendido documental. Se llaman Alice y Ernesto y son primos Y el motivo de estar allí en los locales de Tablada 25 no es el de curiosear los ensayos de los grupos participantes en el concierto de Caminos sino que son, sobre todo ella, fans declarados de otro de los grupos que allí comparten local de ensayo: Plástico.

—Es que me encantan los Plástico -me comenta Alice, con gran pasión. Sobre todo los dos guitarristas Rafa y Eduardo. Y mi primo Ernesto (el Toni Alcántara postizo) como tiene un bar conoce a muchos de los músicos y me ha traído a conocerlos y a que me firmen sus singles. Son lo más de lo más, sobre todo Eduardo.

La verdad es que sobre todo la chiquilla es muy graciosa y oírla hablar con tal pasión, me da un puntito de envidia, ya que tener su edad en esta época tuvo que ser glorioso. Aunque ellos por supuesto, no se den cuenta de que estén asistiendo a un despertar de la cultura.

Tras un rato de conversación y de prometerles que seguramente les entrevistaré si sale

adelante el proyecto del documental relacionado con todo este movimiento puedo afirmar con toda rotundidad, que la primera conclusión que extraigo de estas horas en la Movida es que estamos ante un momento de ilusión por convertir lo gris al color, de pasar de la represión más absoluta a la libertad recién estrenada. No voy a negar que me siento un poco mal mintiendo a todo el mundo, pero tampoco tengo demasiadas alternativas. Sonaría bastante ridículo y propio de enajenados que les dijera la verdad: que vengo del futuro, que me puedo desplazar por la Historia de España simplemente franqueando una puerta. Eso sí que sería increíble.

Tras despedirme de Ernesto y Alice entro al local de ensayo de los Mermelada, que parece ser el centro de operaciones de los ensayos finales de cara al concierto de mañana. Los Mermelada, liderados por Teixi, Javier Teixidor, son un grupo de rock clásico, en ocasiones desenfrenado, inspirados claramente en Chuck Berry y el rock de los años sesenta. Derrochan energía en cada uno de sus temas. Por mi parte, recuerdo, allá por el año 2003, que pude tener la ocasión de verles en directo, ya con otro nombre: J.Teixiband en un concierto que dieron en el Puerto de Alicante. De hecho, recuerdo tener su primer disco firmado en algún rincón de casa. Ellos tuvieron la oportunidad de ser los primeros en salir del circuito “underground” de la Movida ya que fueron los pioneros en grabar un LP con una multinacional y en este momento de la Historia son sin duda alguna, los únicos verdaderamente conocidos en el mundillo musical de la época.

El resto de grupos del momento, también van sonando en radios, pero de una forma más local con la ayuda de locutores como Manolo Fernández, Gonzalo Garrido, Jesús Ordovás, Diego Manrique, Carlos Tena, Rafael Abitbol, Mario Armero, Juan de Pablos... Ellos, los responsables de la programación de las radios locales de Madrid, tuvieron mucho que ver en la posterior eclosión de todos aquellos grupos, que les deben buena parte de su fichaje posterior por una discográfica. Y muchos de ellos estarán presentes mañana en el concierto de la Escuela Superior de Caminos, de la que por cierto, era director el padre de Ana Torroja, el famoso arquitecto Eduardo Torroja.

Como el grupo liderado por Teixi tiene más medios a su alcance serán ellos los que pongan a disposición del resto de grupos su equipo de sonido, que ahora sería un equipo antiguo y de mala calidad, pero en 1980 era todo un cañón comparado con los medios con los que contaban la gran mayoría de conjuntos. Ese equipo de sonido era la envidia de todos los músicos de la Movida y es por ello, que lo cedieron para este concierto. Algo que sin lugar a dudas le dará una mayor fluidez al evento al no tener que estar cambiando el escenario cada vez que se cambia de grupo.

Me entero por Teixi, que por aquí pasarán a ensayar los Tos, Paraíso, Trastos y Mamá ya que en días anteriores ya probaron el equipo el resto de grupos participantes. Lo cierto es que estar aquí es como estar en un documental o en una película de Almodóvar porque en cualquier lugar puedes tener un encuentro que te sacude por dentro.

En 1980, en los aseos de Tablada 25, que tampoco es que sean un dechado de virtud, todo sea dicho de paso, ni ir a mear puedes sin tener un encuentro genial. Nada más entrar al baño veo que en el urinario contiguo al que yo estoy utilizando, está el gran Eduardo Benavente, santo y seña del punk más siniestro y gótico y un personaje reverencial dentro de todo este movimiento, ya que por desgracia fue tras Canito una de las primeras víctimas de la Movida, cuando después de un concierto perdió la vida en un accidente de circulación. Pues Eduardo Benavente está meando junto a mí y es que aquí en este Madrid de 1980 estoy comprobando que para un frikie de la época como yo es mítico hasta ir al aseo. Para rematar la escena casi berlanguiana, poco después entra el otro guitarrista de Plástico y remata el trío de tipos meando en paralelo y no puedo menos que flipar porque estoy en medio de nada más y nada menos, aunque ellos ni lo sospechan, del principal referente del punk-rock gótico de España y del guitarrista del grupo que me abrió la puerta musical allá por 1987, cuando un servidor sólo tenia once años. El gran Rafa Gutiérrez, integrante hasta el día de hoy, bueno, hasta el día del futuro del que vengo, de los geniales Hombres G, otra de mis referencias y el grupo que marcó claramente mi adolescencia.

Eduardo es alto, flaco, blanquísimo de tez y es innegable que tiene un aura especial, de aquellas personas que se saben diferentes y destinados a ser algo grande. En este preciso momento,

su grupo está en franca decadencia y tras grabar unos cuantos sencillos, la ruptura, conveniente a todas luces para ambos, es inminente. No están entre los grupos que actuarán mañana, pero no desaprovecho la oportunidad para presentarme, contarles mi pretendido y falso proyecto y sobre todo, intercambiar algunos comentarios musicales acerca de los gustos de cada uno. Me invitan un rato a su local a escuchar algunos de sus temas, por donde también pulula Alice, embobada viendo a su ídolo, Eduardo Benavente, en un rincón de la no muy espaciosa estancia.

—Estamos por abandonar el proyecto e intentar ir cada uno por su lado buscando un nuevo camino. Los gustos musicales de cada uno son tan diferentes que posiblemente tras grabar lo que tenemos entre manos ahora, nos unamos a otros grupos -me comenta Eduardo Benavente, tras acabar de tocar la canción.

—Bueno, es normal, hay un montón de estilos, algunos de ellos hasta entremezclados, Eduardo, con tu indumentaria y actitud pegarías más con un grupo como los Pegamoides, así más oscuro y divertido a la vez y tú Rafa, igual te molaría más entrar en algún proyecto parecido al de tu hermano Felipe, bajista de Tequila, más guitarrero -le respondo metiendo la pata como lo que soy, un bocazas de marca mayor que aún no se ha dado cuenta de dónde se ha metido trabajando en esta Cancillería secreta.

Cualquier comentario hecho en el pasado puede influir en el futuro posterior de estos chicos y no quiero pensar que mi comentario les haya instalado en la cabeza hacia dónde tiene que virar su carrera musical. Tras otro buen rato hablando con ellos (el resto de la banda está formada por Toti Arbolés a la batería, Emilio Estrecha, bajo, y Luis Carlos Esteban (teclista también de Trastos y posteriormente de Olé-Olé y gracias al cual hoy les han dejado ensayar allí ya que ellos realmente tienen su local compartido con Las Chinas, en la zona de Alonso Martínez) me despido y junto a Luis Carlos me dirijo al local de los Mermelada donde el resto del grupo Trastos está empezando a probar sonido para ensayar sus temas. Es evidente que el resto de grupos les mira un poco mal y es que su inclusión en el concierto homenaje a Canito ha tenido grandes detractores.

Su principal valedor, el locutor Gonzalo Garrido, muy amigo también de los Urquijo, ha hecho mucha fuerza para que pudieran meter cabeza en el cartel y eso a casi todos los demás es evidente que les provoca algún resquemor ya que son muchos los grupos que aspiraban a estar en un homenaje claramente inspirado en los tributos que se hacían en el extranjero cuando moría alguna estrella del Rock.

Claro que Canito aún no era una estrella del pop español, pero sí era un chico lleno de vitalidad, que creía firmemente que los Tos eran el mejor grupo del mundo y era amigo de todos los que por aquel entonces frecuentaban los lugares de encuentro de los músicos: Penta, Vía Láctea, El Sol, El Jardín y que se había ido de manera absurda. Era lógico y loable que los Úrquijo y sobre todo Javier, que lo empezó todo junto a él, tuvieran la ilusión de poder despedirse así de su amigo. Como creían que a él le hubiera gustado, con mucha música y diversión.

Todo empezó siendo muy amateur, entre amigos casi adolescentes. Pero el caldo de cultivo para que tuviera mayor repercusión estaba ya ahí y era imparable. Las radios querían emitirlo en directo y para colmo la televisión iba a grabarlo para emitirlo en diferido. Salir en ese momento en la televisión pública era el pasaporte directo a comenzar una carrera. La repercusión era enorme, no había competencia, las audiencias eran de millones de personas así que, el amateurismo y el concierto entre amigos para recordar a Canito, se convirtió en un gran evento que dio paso a una carrera entre locutores y managers para colocar a sus grupos en el cartel. El grupo Trastos, pagó un poco el pato de todo aquello y de ahí que las miradas de algunos de sus compañeros sean realmente hostiles cuando están a punto de ensayar sus canciones en el local. Por mi parte, acabo sintiendo un poco de lástima hacia ellos y trabo amigable conversación con Fernando, su bajista.

De hecho, tras la consabida explicación de mi presencia allí, el chico en cuestión me invita a una cerveza. Tras la prueba de sonido de los Mamá, gloriosos con un gran José María Granados en la voz, me voy un rato a charlar con Fernando mientras empiezan a probar los Paraíso con Fernando

Márquez "El Zurdo" al frente y que en mí opinión, son los peores afinados de todos los que he escuchado hasta ahora. En su descargo diré que luego hicieron uno de los himnos más reconocibles de la Movida, con la gloriosa "Para tí" pero hoy la verdad, suenan escandalosamente mal, mucho peor que los Trastos, que han tocado más que decentemente y con mucho decoro sus canciones. Tras el último desafine de los Paraíso salgo de allí con Fernando y nos tomamos unas cañas juntos. Me cuenta sus sueños, sus aspiraciones musicales, su forma de entender la música. Me siento bastante identificado con sus palabras ya que cree ciegamente en las canciones que llevan entre manos y las defiende a capa y espada. Eso es algo que yo siempre respeto porque sé lo que es estar en un grupo y que no todos remen en la misma dirección. Es tan importante creerte tu propia película que, en mi opinión, eso ya es la mitad del camino al éxito. La otra mitad es más complicada, porque no es fácil encontrar a alguien que crea igual que tú en el proyecto y que luego el destino te haga ponerte en el sitio exacto. Fernando es evidente que cree a pies juntillas en su proyecto con los Trastos. Por cierto, otro grupo de sagas familiares compuesto por el propio Fernando y su hermano Tores junto a los hermanos Lobato, Miguel y Javier, con el apoyo en los teclados de Luis Carlos Esteban.

—Pues llevamos ya un par de años funcionando gracias sobre todo a Gonzalo Garrido, que nos ha radiado mogollón y nos ha buscado bolos aquí y allá. Ya hemos grabado algunas cosas en CBS (entonces una poderosa multinacional discográfica) que han salido en forma de singles y tenemos ya el contrato medio arreglado para hacer un LP completo en breve. Yo estoy que flipo, tío, un disco con la CBS. Eso ya sería lo más -me dice Fernando con su voz llena de ilusión.

—Seguro, tío, -le contesto. A mí me ha molado mucho lo que he visto. Las canciones son muy guapas y el LP lo tenéis al alcance de la mano en breve.

Mi seguridad no es fingida ya que me he documentado bastante sobre el futuro de cada uno de los grupos que estuvieron en el cartel del concierto a Canito y los Trastos consiguieron, en efecto, grabar todo un LP con la CBS. Aunque luego no llegaran a mucho más, pero eso ya lo irán viendo sus componentes y sería inhumano desanimar a este chico tan lleno de vitalidad y ganas de hacer algo grande en la música, cosa que luego consiguió en sus diferentes proyectos, como me he podido informar en un momento de soledad consultando su currículum por Internet.

— Sí, ya, pero espero que podamos estar mañana en el concierto porque los caretos de los demás grupos, menos los Tos que son colegas de Gonzalo, son un poco terribles. Vale que no conocíamos mucho a Canito, pero joder, yo sentí mucho que le pasara aquello y sería una putada no poder participar. Ya no por la promoción que pueda tener el concierto con los de la tele y demás sino porque van a estar grupos muy guapos y va a ir mogollón de peña y nosotros estamos súper ilusionados con poder participar. Ya veremos, porque no está claro. Esta noche Gonzalo y yo vamos a ir a una reunión que se va a hacer y allí se decidirá si estamos en el cartel o no -me dice Fernando, muy dudoso de la voluntad de los demás. Además yo he escuchado bastante a los Tos y es un grupo que me mola, armonizan muy bien las voces y suenan bastante mejor que muchos que van de modernos y no tienen ni puta idea de tocar- sentencia Fernando.

—Tranquilo, hombre, seguro que al final tocáis. -y tanto que tocaron, que lo he visto yo en Youtube el otro día.

Cuando nos despedimos siento que entre los dos ha habido muy buena conexión. Es un tipo muy soñador y que cree en lo que hace y eso para mí, es siempre algo muy digno de admirar. Tras unas cuantas cervezas más los Paraíso terminan su caótico ensayo y los músicos se citan para la reunión de esta noche. Me dirijo a Javier Urquijo, que acaba de llegar con otros colegas, y tras comentarle que ayer había hablado con su hermano Enrique sobre lo del documental me atrevo a pedirle que interceda por mí para poder asistir a las negociaciones sobre el turno de actuación y la participación de cada uno de los grupos en el concierto.

—Claro, hombre, vente, hemos quedado en un bareto que hay en la zona de Alonso Martínez, el Santa Bárbara. Así me cuentas cosas del documental y nos tomamos unas cañas,

faltaría más.

Constato así que Javier, tanto de joven como ya más mayor resulta ser un tipo simpático y dispuesto a ayudar, como he comprobado en mi vida de músico en años posteriores. Enseguida por allí aparece Enrique y otra vez, el corazón me da un respingo brutal

—Ey, ¿te acuerdas de mi? -le digo a Enrique con la voz un poco quebrada. Nos vimos ayer y charlamos un rato. Le estaba comentando a tu hermano que me molaría mucho estar esta noche con vosotros y ver cómo organizáis todo este tinglado. Cuanto más sepa de todos vosotros mejor podré convencer a mis jefes de que salga adelante el proyecto que tengo entre manos.

—Claro que me acuerdo, pero sigue, sigue hablando.

— Vosotros no os dais cuenta, pero para mí, esto que estáis organizando va a ser algo gordo y yo le veo mucho parecido a la eclosión del punk en Inglaterra cuando surgieron primero los Sex Pistols, los Clash y demás y luego, los de la “new wave”. ¿Te gustan The Pretenders? Porque a mí el sonido que tienen me recuerda mucho al vuestro. Y el concierto de mañana igual os da el espaldarazo para que os tomen en serio los medios de aquí. Además, no hay nada como que en el extranjero se hayan fijado en vosotros para que aquí empecéis a despegar. Con la enfermiza manía española de considerar mucho más la opinión de los de fuera que lo que se pueda hacer o decir por aquí, yo creo que tras el concierto y mi documental en nada estáis todos grabando disco.

—Pues no sé, tío, -interviene Javier- porque con lo que ha pasado de momento mañana queremos tocar por Canito, pero estamos sin batería y muy jodidos. Canito es insustituible, era el motor de todo esto y yo no sé si tenemos futuro sin que esté él por allí animándonos. Igual es nuestro último concierto.

—No, hombre, no, ya veréis como os rehacéis y tiráis hacia adelante. Por lo que he oído, sois el mejor grupo de todos los de aquí junto a los Nacha Pop y a poco que os lo creáis tenéis un carrerón por delante -le digo sin poder reprimir palabras de admiración a los que yo sé serán el grupo que marcará la vida de muchos amantes de la buena música, la que te dispara directo al corazón, entre los que yo claramente me encuentro.

Doblarles la edad y mi falso papel de corresponsal me confiere ante todos ellos un aura de respeto y seguridad al hablar que no tendría si tuviera una edad cercana a la suya. Eso lo tengo muy claro y lo estoy explotando al máximo para conseguir mis propósitos.

Me citan a las nueve de la noche en la Cervecería Santa Bárbara y me comentan que allí se va a decidir quién toca y quién no y el orden de actuación de los grupos. Al despedirme de ellos no me resisto a darles un abrazo a cada uno, que reciben con extrañeza, pero encantados de estar ante una buena oportunidad de que su música trascienda fuera de nuestras fronteras.

Salgo de los locales con la satisfacción del deber cumplido. Voy a estar en las controvertidas negociaciones sobre el orden de actuación de los grupos. He leído alguna cosa sobre aquello y Javier Urquijo comentó en alguna ocasión que los dimes y diretes de aquella reunión darían casi para escribir un libro. Y ese era uno de mis objetivos principales: Poder presenciar, en este caso casi en silla de palco, esas discusiones y polémicas que sirvieron de preámbulo al concierto que para todos los entendidos supuso el pistoletazo de salida de la mal o bien llamada globalmente “Movida Madrileña”.

—Luego nos vemos y nos tomamos algo, Jose, -me dice Fernando, el de Trastos, con el que he conectado de manera genial.

Entre unas cosas y otras ya es bastante tarde, más de las cinco y hasta que llegue la hora de la reunión decido hacer un poco más de turismo. No estoy dispuesto a perder ni un minuto de mi estancia aquí así que, tras engullir una gloriosa ensaladilla y un bocadillo de tortilla no menos espectacular, salgo del bar de enfrente de los locales de Tablada y dirijo mis pasos hacia el metro.

Uno de los lugares apuntados en mi agenda antes de comenzar este viaje era intentar sacar tiempo para pasarme por “La Bobia”, otro lugar mítico de la Movida situado en la Calle San Millán, cerca de la plaza de Cascorro, donde los domingos aún en mis días se pone el Rastro de Madrid. Inaugurada en 1933 “La Bobia” era una cafetería de encuentro juvenil de la época. Allí, sobre todo

los domingos, se juntaban músicos, cineastas, guionistas, fotógrafos, pintores y todo aquel que tenía algo entre manos para poder compartirlo. Lugar de intercambio de incipientes fanzines realizados por chavales jóvenes ávidos de mostrar su arte y sus gustos, era también lugar común de encuentro de las diferentes tribus urbanas que empezaban a aflorar.

A pesar de ser viernes por la tarde ya en la puerta se ven algunos mods y punks que charlan a gritos sobre sus cosas y entran y salen del local con apariencia nerviosa y alocada. Me pido una cerveza más, y ya asumo que mi paso por la Movida me va a generar como mínimo dos o tres kilos de más entre delicias gastronómicas y homenajes etílicos. Me siento en una esquina del bar simplemente a observar lo que allí acontece.

Cojo varios de los fanzines que están diseminados aquí y allá. Hojeo con interés algunos de ellos, con opiniones de Alaska, Nacho Canut o Fernando Márquez. A pesar de lo sencilla que es la publicación resultan bastante interesantes en su contenido. De todas las que me detengo a echar un vistazo me llama especialmente la atención una llamada "Estricnina", en donde hay un artículo de una jovencísima Ana Curra, que precisamente mañana debutará como teclista de los Pegamoides tras rechazar unirse a varios grupos, entre ellos los Tos, y que en su portada tiene a Siouxsie and the Banshees, referencia absoluta para las punkies del momento. El título del fanzine lo dice todo: "Estricnina: Fanzine de ruidos y danzas".

Tras enfrascarme en la lectura de algunos más que interesantes artículos de opinión reparo en la presencia cercana, en la mesa de al lado, de un chico de unos treinta años que parece repasar una y otra vez una serie de papeles que tiene esparcidos por toda la mesa. Algún bufido de desesperación y un vino tinto adornan la escena. La casualidad o tener durante unos días el don de la ubicuidad, me hacen dar un respingo cuando caigo en la cuenta de quién es el atribulado tipo que tan agobiado parece con sus papeles. Es Pedro, mi pretendido amigo Pedro Almodóvar, al que ayer utilicé para colarme en la fiesta de las Costus. La suerte me sonríe ya que está completamente solo, porque si no cualquiera de sus amistades me reconocería como el amigo de su pueblo que se apuntó a la fiesta y pudo dormir en "Casa Costus". Lo veo enfrascado en unos apuntes de lo que parece ser un guión inacabado ya que toma notas, escribe en los márgenes y en todo caso, parece muy concentrado en su quehacer.

Como no es cuestión de perder ocasión y yo tampoco soy muy original, al pedir otra cerveza en la barra, hago como que tropiezo y mancho un poco la mesa de Pedro que primero, suelta un grito ahogado y luego me hace gestos con la mano quitando importancia al asunto.

—Perdona, soy el peor de los torpes. Espero no haberte manchado nada.

—Nada, tranquilo, no pasa nada -me responde Almodóvar, quitándole toda trascendencia al incidente.

—Oye, perdona que te moleste, pero, ¿eres Pedro Almodóvar, no? ¿el cineasta? Es que leí y vi una foto tuya en un fanzine y decía que estabas rodando una peli por varios ambientes guapos de Madrid.

En 2017 Pedro Almodóvar seguramente es bastante inaccesible, tiene dos Oscars de Hollywood y es uno de los cineastas mas importantes ya no de España sino de Europa y el mundo, admirado por toda una legión de seguidores por su particular manera de entender el cine. Pero aquí, en "La Bobia", en 1980, sólo es un aspirante a director, que no sabe como culminar el guión que tiene entre manos y que va rodando con escaso presupuesto en casa de amigos (la misma "Casa Costus "sale en varias ocasiones en su primer film titulado "Pepi, Luci , Bom y otras chicas del montón") y por los lugares típicos de la Movida. De hecho, aunque cutre y con un guión inverosímil esa película retrata bastante bien el ambiente de la Movida Madrileña, en el que se movían algunos, sobre todo los de la tribu de Alaska y compañía.

El que yo lo haya reconocido le ha tocado el ego claramente porque sin demasiada insistencia por mi parte me invita a sentarme con él y me cuenta todas las vicisitudes por las que está pasando para culminar su opera prima.

—Es que el dinero lo es todo -dice Pedro. Y esta película está hecha con muy buena

voluntad, pero con muy poquitos medios. Menos mal que mis amigos me están ayudando en todo: vestuario, actores, cámaras, figurantes... Todos colegas de aquí que hacen lo que pueden, pero claro, es muy difícil conseguir financiación para acabar la película si sólo eres un simple trabajador de Telefónica. Además no tengo aún claras muchas escenas. Por eso estoy aquí dándome cabezazos por sacar algo más del guión, algo que sea impactante y que haga que la película pueda tener algo de repercusión. Si no hay dinero, hay que transgredir, escandalizar y que sala el sol por Antequera, ¿no te parece?

Evidentemente asiento y pasamos un buen rato hablando de la película, de los diferentes enfoques que podría acabar teniendo y de posibles finales. A Dios gracias, aunque he visto un par de veces la película, no recuerdo demasiados detalles y no puedo meter la pata como en mí es habitual. Y mejor que me esté calladito y asintiendo porque entre vinos y conversaciones, se nos ha ido más de una hora hablando. Apenas me doy cuenta en el momento, pero soy consciente de que estoy enfrente de uno de los mejores directores de este país y que parece que hasta me pide consejo a mí. Vivir para ver...

Entre conversación,o más bien monólogo de Pedro, y risas, apenas reparo en una chica que pugna por abrirse paso entre la cola del baño. Vuelve a reaparecer la pequeña punky, Alice, que ahora en "La Bobia," parece de todo menos dulce. Está nerviosa, fuera de sí, discute con unas y otras y acaba saliendo del local hecha una furia. Yo, que me apiado siempre de los inadaptados, me despido de Pedro y salgo a charlar con ella, que sigue dando vueltas y vueltas en redondo con un enorme nerviosismo.

—Pero, chiquilla, ¿qué te pasa? ¿te acuerdas de mí? El que estaba antes en Tablada 25, el del documental. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Pues a no ser que tengas un WC portátil en el bolsillo no. Es que llevo toda la tarde liada con cervezas y joder, me estoy meando de la hostia. Y ahí dentro es imposible llegar hasta el aseo, todo lleno de pijas que seguro se están metiendo de todo ahí dentro, que no es normal lo que tardan las viejas esas en mear -me cuenta a voz en grito- al final me lo hago encima, ya verás, me cago en la leche que les dieron. Encima soy la que no tiene educación. Lo que no tengo ganas es de mearme en las bragas, hostia.

En ese mismo instante, unas mujeres de unos cuarenta y tantos años que salen del bar y que estaban en la cola del baño reprendiendo a Alice por su falta de educación y decoro no hace mucho, se acercan a nosotros y parecen ir despidiéndose. De repente, la pequeña punky desaparece y la veo trepando a un árbol que apenas está a unos dos metros de nosotros y en el que justo debajo están las señoras en cuestión. En eso estamos cuando, Almodóvar también sale del local y me da un apretón de manos para despedirse.

—Ojalá termines tu película y encuentres esas escenas que te faltan, Pedro. Seguro que sí, se te ve con muchas ganas de crear algo importante y con esa actitud llegarás lejos, ten un poco de fe en ti mismo -le digo mientras Alice sigue encaramada al árbol apenas a unos metros de donde estamos nosotros.

De repente, algo comienza a salpicar el suelo y las mujeres miran hacia arriba pensando que llueve extendiendo la mano para comprobar la intensidad de la lluvia. Alice ya sin poderse aguantar y a modo de venganza les está literalmente meando encima muerta de risa. Pedro y yo asistimos al espectáculo totalmente anonadados y las señoras huyen despavoridas y mojadas totalmente por los efluvios de Alice.

—Pero, chiquilla, ¿qué haces? ¿tu estás loca? Madre mía, las acabas de mear de arriba a abajo -le medio reprendo aguantándome la risa.

—Anda y que se jodan, las doñas croquetas esas... Que si no tengo educación, que no tengo decoro, que si vaya juventud... Pues toma, ¡una ducha dorada de la maleducada sin decoro! -brama Alice, descojonándose de risa.

Pedro acaba por reírse también y se despide de ella diciéndole:

—Muchas gracias, niña, ahí estaba la clave.

—Pero, ¿qué dice este zumbado? -me pregunta Alice, que evidentemente lleva una borrachera de campeonato.

Pedro ya se ha ido y Alice se escabulle también no sin antes darme una entrada para el concierto de mañana, asegurándome que le sobra una, que su primo Ernesto trabaja y no va a poder ir. Antes de que pueda darle las gracias coge su desvencijada moto y me grita como una loca:

—¡Eh, tú, acuérdate de que mi primo y yo tenemos que salir en el documental ese, que yo también tenía un grupo y soy una bajista de puta madre!

Yo, con cara de póker, me quedó pasmado y acabo por adivinar que seguramente he sido testigo de la inspiración que llevó a Almodóvar a filmar la más famosa escena de su primera película, aquella en la cual una jovencísima Alaska, clavada a Alice, le realiza una lluvia dorada a Carmen Maura, una señora ostensiblemente mayor y reprimida por un marido tradicional y machista. Y que, además de eso, tengo una entrada para ver el concierto homenaje a Canito. La verdad es que vaya personajes me voy encontrando. Famosos o no, esto está lleno de benditos locos que dan a este momento de la Historia española un brillo brutal.

Ya son más de las ocho de la tarde y tras este alocado y curioso encuentro entre el cineasta más famoso de la Historia de España, un servidor y una pequeña punky que ha meado desde arriba de un árbol a un par de señoras que le regañaban por sus modales, voy a la parada del metro para intentar llegar a tiempo a la zona de Alonso Martínez en la cual va a tener lugar la reunión final entre grupos, managers y locutores que dará lugar según la Historia, al acuerdo para el orden de actuación de los grupos en el concierto homenaje a Canito y a toda la discusión sobre la inclusión o no de ciertos grupos en el homenaje.

Cuando son ya las nueve menos diez estoy en la puerta de la cervecería Santa Bárbara y en ella está Javier Urquijo. Por instinto me saldría darle un abrazo, como siempre hacemos cuando nos reencontramos en un escenario por la zona levantina y cantamos juntos. Pero aquí apenas soy un convidado de piedra que se va a colar en una reunión entre grupos y demás organizadores del concierto bajo un falso pretexto. Aún así, Javier me saluda cálidamente a pesar de que su cara muestra franca preocupación. Él ha venido en representación de sus hermanos para acabar de dar el retoque final a algo que siente que se le está yendo de las manos.

De un inocente concierto hecho entre amigos para recordar a Canito se ha convertido en un acontecimiento mediático que va a ser retransmitido por radio y televisión. Con lo que esa circunstancia significa de intereses creados para que cada uno de los grupos consiga la mayor repercusión posible de cara a una más que probable eclosión futura y cercana de este movimiento. Cuando Javier está acabando de contarme todo esto van llegando el resto de invitados al contubernio.

—En todo caso, para nosotros es nuestro último concierto y lo único que quiero es que salga bien por Canito -me comenta Javier, con los ojos a punto de estallarle en lágrimas. Canito y yo empezamos todo esto. Al principio los dos solos y luego con algunos compañeros que se unieron, pero que no venían mucho a ensayar. Como mis hermanos siempre andaban por allí enredando por casa, al final decidimos que se unieran. Y han resultado ser muy buenos cada uno en lo suyo. Enrique canta y compone muy bien a pesar de su timidez y su genio de mil demonios. Y Álvaro, que es el pequeño, nos dejó a todos flipados cuando se le ocurrió un riff de entrada para una canción que estaban componiendo Canito y mi hermano Enrique (Obviamente habla de "Otra Tarde" ya que esa historia se la he oído contar muchas veces a Álvaro en sus conciertos del siglo XXI, ya que según él y parece más que cierto, fue su pasaporte a entrar en el grupo de sus hermanos mayores).

Ellos, mis hermanos, entraron al grupo y Canito nos empujaba con su alegría y su seguridad, decía que eramos el mejor grupo del mundo, era un entusiasta y sobre todo, era mi amigo desde pequeños -acaba de comentarme Javier, mientras su voz se quiebra por la emoción.

—Claro que sí, tío, vais a tocar mañana por Canito, que querría seguro que cumplierais su

profecía. Y seréis un grupo de la leche, ya veréis como sí hay un futuro para vosotros -le consuelo sabedor de que mis palabras son una realidad que él desde luego ahora no quiere ni puede ver, ahogado por la pena.

En el año 2017 Los Secretos son quizás el grupo nacido en la Movida más respetado por el público y la crítica. Les ha costado mucho, pero a base de tesón y de no caer nunca en lo que estaba de moda, han conseguido la aquiescencia general de todo el pop español. Y Javier y Canito comenzaron todo eso. Sin ese primer impulso quizás nunca se hubieran unido, tras ellos, los otros dos hermanos Urquijo que demostraron, ser un genio irrepetible uno, Enrique, y un músico impresionante otro, Álvaro. Pero aquí en 1980, en esta fría noche del 8 de febrero, Javier sólo es un chico de veinte años que añora mucho a su amigo y que quiere que el concierto sea un éxito para que quede en el recuerdo y nunca se olvide al gran amigo que se fue.

Los representantes de los grupos, los propios músicos y algún que otro locutor de radio, como Gonzalo Garrido, comienzan a tomar posiciones dentro del local y el primer asunto que se acomete es el tema de la seguridad y las entradas. Juanma del Olmo y Emilio López, futuros guitarrista y cantante de Los Elegantes, respectivamente, se ofrecen a coordinar todo ese tema y se comprometen a vigilar que no se sobrepase el aforo y comience a colarse gente, hecho muy común al parecer en los conciertos de la época. La Historia dice que no conseguirán su objetivo, que se desmarcaron bastante de su compromiso y que acabaron incluso ellos mismos colando a gente y disfrutando del concierto como espectadores de excepción. Pero eso ya se verá mañana. Hoy muy serios, comprometen sus cinco sentidos a que el concierto sea un modelo organizativo.

Tras el tema de las entradas y seguridad sale el de la idoneidad de ciertos grupos a que participen en el concierto. Los nombres de Paraíso y sobre todo de los Trastos salen rápido a la conversación. Gonzalo Garrido defiende a capa y espada a sus protegidos. Javier Urquijo calla y otorga, no en vano también le deben mucho al locutor. Pero varias voces se muestran totalmente contrarios a que participen. Alguno que no voy a mencionar y que ha tenido una carrera más o menos exitosa los tacha directamente de “invento comercial” y de imitadores de Tequila. Algunos les dan la razón y otros no ven inconveniente alguno en que participen.

Fernando y Miguel, de los Trastos, se defienden como pueden, pero noto a Fernando cariacontecido por todo lo que está ocurriendo. Me dan ganas de tranquilizarlo y asegurarle que sé positivamente que ellos finalmente sí estuvieron allí tocando. Tras varias discusiones alguien propone que se vote la inclusión de los Trastos en el concierto. Todo el mundo allí reunido tiene voz y voto. Excepto yo, que como espectador de excepción disfruto como un enano con los argumentos mordaces de unos y de otros, sabiendo que la prepotencia de algunos no les llevó al éxito en absoluto y que sin embargo la prudencia de otros les ha hecho vivir de la música en el nuevo milenio.

Tras la votación nada queda claro, estamos ante un empate técnico y siguen las discusiones entre partidarios, detractores y neutrales. Paradojas del destino y de trabajar en la Cancillería. Yo sé que al final va a haber acuerdo y que Trastos sí van a tocar mañana, pero lo que nunca imaginé es cómo sería su inclusión definitiva en el cartel.

Se oye chillar que si no hay acuerdo, alguien tendrá que desempatar y proponen que yo, como alguien ajeno a los piques entre grupos y que los ha visto tocar esta mañana, decida la inclusión o no de Trastos en el concierto. Evidentemente, todas las mirada se posan en mí, que tengo como objetivo que la Historia no cambie, esa es una regla de oro en este trabajo, pero lo que jamás imaginé es que el destino dijera que tenía que pasar así. Yo, alguien que ha viajado desde el futuro, voy a tener que deshacer el empate. Y tengo que votar que sí. Primero porque así lo dice la Historia y segundo, porque en ese preciso instante de duda Fernando, el bajista de Trastos, me mira con una cara que queda a medio camino entre la súplica y el miedo a quedarse fuera.

Yo no puedo cambiar la Historia, pero aquí me están pasando cosas que me están volviendo loco. Al final va a resultar que todo está conectado. El pasado, el presente y el futuro conspiran para que finalmente todo sea como ha dicho siempre la Historia, empiezo a tenerlo claro. Pero lo

increíble es que he tenido que ser yo el que decida esto. La pregunta es clara y es para volverse loco. ¿Y si yo no estuviera aquí? No lo vamos a saber nunca, pero lo que sí va a ser cierto es que Fernando y Miguel me miran con alegría, Gonzalo Garrido con satisfacción y algunos otros ni con tanta simpatía ni con tanta satisfacción. Pero el caso es que los Trastos están en el cartel de mañana. Tras la tensa discusión alguien propone tomar unas copas y acabar ya la reunión decidiendo otro de los temas enconados de la noche: el orden en la actuación de los grupos.

Personalmente, siempre he opinado que el orden del concierto no tuvo mucho sentido. Los que eran más amigos de Canito tocaron demasiado pronto y tenían que haber cerrado la noche, sobre todo Tos, que tocaron los segundos y por lógica hubieran tenido que ser ellos los que remataran el concierto tributo a su batería. Los que eran de una cuerda diferente tocaron más entrada la tarde, para acabar siendo el grupo Mermelada, los más famosetes en ese momento y los dueños del equipo de sonido, los que cerraran definitivamente la noche. Las caras de los representantes y locutores se vuelven a tensar. Todos quieren colocar a su grupo en los últimos lugares, convencidos de que cuanto más tarde se toca más repercusión mediática se alcanza.

Tras no poco debate (aunque ahora ya regado por cubatas y muchos cigarrillos) se decide por consenso general que Mermelada cierre el concierto. Nada descabellado por las razones esgrimidas anteriormente y porque además Javier Teixidor fue testigo directo de aquella noche fatídica del accidente de Canito y buen amigo de los Urquijo. Pero el resto de actuaciones no alcanza acuerdo alguno. Unos proponen una lista que rápidamente es descartada por los demás. Cada locutor, cada representante, que hablan mucho más que los propios implicados, los músicos, quiere colocar a sus grupos en la mejor posición. Javier Urquijo, con cara de estar más que harto de la agria disputa en que se ha convertido una idea suya de lo más inocente, sale fuera a fumar y a calmar los nervios.

Todos creen que la repercusión televisiva será mayor tocando más tarde y nadie quiere quedarse con el trozo pequeño del pastel. A mí tanto en 2017 como aquí me parece que no fueron justos con los Tos. Ellos tenían que haber sido las estrellas de la noche porque además de perder a su amigo y batería estaban casi finiquitados como formación. Pero las posiciones se distancian cada vez más y al final, alguien propone una solución salomónica: hacerlo por puro y duro sorteo.

Claro, ahora entiendo el orden sin sentido que salió: se hizo dejando el asunto al azar. Cada uno de los grupos anota su nombre en un papelito y se meten todos, excepto el de Mermelada, en un sombrero que hay por allí colgado. Desde luego, no fue una buena solución y tras la larga discusión un hecho está más que comprobado: aquí acabó el amateurismo de los grupos y empezó todo el negocio y los intereses comerciales. Y lo que es peor, se dejó patente la falta de solidaridad con el grupo que había perdido a su amigo. Aquí comenzó la Movida, sí, pero la Movida profesional, la carrera por coger posiciones ante los jugosos contratos que vendrían después. A no mucho tardar de este momento, de hecho.

Hasta para decidir quién va a ejercer de “mano inocente” y sacar los papelitos del sombrero se discute. A estas alturas nada me sorprende, pero me quedo lívido cuando Gonzalo Garrido propone que sea yo, como observador imparcial, el que de nuevo haga los honores. Todo el mundo dirige su mirada hacia mi persona, pero mi cara de susto lo debe estar diciendo todo. Si yo acabo por hacer el orden de manera aleatoria sí que voy a cambiar el destino y me voy a meter en un lío muy gordo porque la Historia es clara: el orden del concierto homenaje a Canito fue el siguiente porque lo he visto mil veces en Internet: primero tocaron los Nacha Pop, luego Tos y después por este orden los Trastos, Pegamoides, Mamá, Los Bólidos, que entonces aún se llamaban Rebeldes, Mario Tenia y los Solitarios y finalmente, Mermelada. Eso dice la memoria audiovisual que he consultado, amén de los libros que he leído antes de venir. Si enciendo el móvil aquí mismo se lo podría mostrar a todo el mundo, pero claro, si hago eso, me tomarían no por un viajante del tiempo sino por un extraterrestre loco y peligroso.

Ante la presión de los allí presentes y cuando por fin me decido a meter la mano en el sombrero que me tienden estoy completamente acojonado. A ver qué orden saco y cómo va a

cambiar la Historia esta intervención mía. Ahora me doy cuenta de que he ido mucho más allá de mis funciones. Que debería haberme dado una vuelta por 1980 y haber asistido al concierto anónimamente. Y que la patraña del documental me ha conferido una autoridad que ni tengo ni deseo ejercer. Esto esta fuera de todo lugar y en contra de las normas de la Cancillería -me digo a mí mismo, cuando por fin meto la mano en el sombrero y cojo un papelito completamente al azar. Cuando abro el papel la mano me tiembla muchísimo y al desplegarlo casi miro de reojo con un miedo indescriptible: salen los Nacha Pop. Una posibilidad de siete, pura suerte. Pero algo es algo. "Al menos los Nacha abrirán el concierto como dice la Historia y a lo mejor, don Leandro no se da cuenta de nada" -me digo a mí mismo mientras intento quitarme las pulgas de encima.

—Que otro saque ahora el segundo papel -digo esperanzado.

—Venga va, hombre, que nos van a dar aquí las uvas, que pareces un niño de San Ildefonso sacando el gordo de navidad. Saca ya los papeles y vayámonos por ahí de juerga -me dice un componente de Los Rebeldes.

Esbozo una sonrisa fingida y me encamino a sacar el segundo papel rezando lo poco que sé y deseando con todas mis fuerzas: "Que sea Tos, que salga Tos, por favor". No quiero ni mirar cuando al abrir el papel doblado alguien dice : Tos.

—¿Tos? ¡Sí! Alabado sea el altísimo -me falta por decir.

Ya un poco más calmado saco el tercer papel y comienzo a comprender: sale Trastos. El hilo finísimo que conduce al destino es ya un clamor. Y más cuando sucesivamente voy sacando exactamente el mismo orden de actuación de los grupos en el concierto que dice la Historia: después de Trastos, salen los Pegamoides, luego Mamá, Los Rebeldes y por último Mario Tenia Y los Solitarios.

Lo comprendo todo de golpe. Al igual que ha pasado antes con la participación de Trastos y otra serie de casualidades de este loco viaje, el mural del Penta o la escena de la película de Almodóvar, son consecuencia directa de que yo tenía que estar aquí. En el destino estaba escrito que un tipo del 2017, un navegante en el tiempo, estaría aquí para que la Historia fuese tal y como nos la han explicado. Mi mano inocente y temblorosa ha decidido el inexplicable orden de actuación de los grupos. Es totalmente increíble pero tan cierto como que estoy ya más calmado, brindando con lo más selecto del pop español de los ochenta.

Tras pedir una última ronda y con un ambiente mucho más relajado el grupo se dispersa citándose para mañana y contentos de haber podido resolver el entuerto. Yo ya literalmente fuera de mí, le doy un abrazo a Javier Urquijo y le doy ánimos para mañana y para el futuro, que le aseguro será brillante (al menos para los futuros Secretos de los que él disfrutará tres o cuatro años más, antes de salir del grupo para eso sí, rehacer con el tiempo una carrera muy digna como cantautor legendario, que ha tocado por toda España cargando su guitarra acústica y sus armónicas).

—Gracias, Jose, muchas gracias por votar a favor de los chicos de Trastos -me comenta Gonzalo Garrido. Son buenos chicos y se merecen como los que más estar en un concierto tan importante. Te lo agradezco mucho.

—De nada, hombre -le contesto ya venido arriba tras tantos nervios, y por qué no decirlo, tantos cubatas y cervezas. Yo los he visto tocar esta tarde, las canciones son chulas y tocan bastante mejor que muchos que van por ahí de modernos. Se merecen estar ahí y tú tienes mucho ojo. Has descubierto y ayudado a muchos grupos geniales. Y eso sí, Gonzalo, cuida mucho de Los Secretos, que lo van a necesitar para superar lo de Canito.

—¿Los Secretos? ¿qué Secretos? El grupo de los Urquijo se llaman Tos, pero es horrible el nombre, se lo tendrían que cambiar. Los Secretos, no suena nada mal... -me dice mientras se despide y se aleja por el camino.

Tras despedirme de Gonzalo (tristemente desaparecido en nuestros días) y darme cuenta de mi enésima metedura de pata, me quedo solo en la puerta de la cervecería Santa Barbara y tomo la decisión de que sí, todo me ha salido bien: El destino, la suerte, las mil cabriolas que da el azar... Pero mejor me voy a buscarme un hostal a estarme quietecito hasta mañana, cuando sean las siete

de la tarde y empiece el concierto, verlo desde un discreto según plano e irme a 2017 sin más sobresaltos, que este viaje ya ha tenido demasiados y no debo tentar más la suerte. Cuando por fin encamino mis pasos hacia la búsqueda de un lugar tranquilo donde poder descansar hasta mañana oigo una voz que suena tras de mí:

—Ey, Jose, aún estás por aquí... Mil gracias, si no llega a ser por ti no tocamos mañana. Gracias por apoyarnos -me dice Fernando, bajista de Trastos. Te invito a la última en una bodeguita que conozco cerca de aquí donde dan un moscatel dulce que está de muerte. Venga, anímate, una sola, qué menos después de lo que has hecho por mi grupo.

El chico, la verdad es que me cae demasiado bien como para negarle esa última copa. Es un soñador y me veo bastante reflejado en él. Incluso le veo cierto parecido a mí cuando yo tenía su edad. Aunque ya me hubiera gustado a mí de chaval ser bajista de un grupo. Ni por asomo lo pensaba entonces aunque bien es cierto que después, a partir de los 27 años, pude formar mi grupo y tocar en mil sitios. Pero nada comparado a lo que tuvo que ser tener un grupo aquí en plena Movida Madrileña.

Llegamos a la bodeguita en cuestión y es bien cierto que el moscatel del lugar es soberbio y te suelta la lengua. Hablamos sin parar y nos encontramos con un chico de la edad de Fernando, que al oírnos hablar con tal pasión de música se da cuenta de quién es Fernando y se nos presenta tímidamente:

—Hola, me llamo Enrique, Enrique Sanjuán y no he podido evitar oíros hablar. ¿Tú eres el bajista de Trastos, no? Joder, tío, mañana voy al concierto homenaje a Canito y ya me iba para casa, pero venga, os invito a la última.

Aquí en la Movida nunca es la última, me digo para mis adentros, pero el chaval me simpatiza al instante. Enseguida se revela como todo un frikie del movimiento cultural que está sucediendo en Madrid y se declara fan absoluto de los Tos, de los Nacha y de Mamá. Parece mi reencarnación en miniatura. O no tanta miniatura, porque el chico tiene un sobrepeso más o menos ostensible, lo que aun me hace simpatizar más con él, porque a su edad tuve esa rémora y en la actualidad sigo teniendo esos kilos de más que es siempre como una losa presente que no te deja disfrutar totalmente de los placeres de la vida. Ya sea por eso o porque el chaval es un apasionado de la música y habla con tanta ilusión del concierto de mañana, el caso es que la última se convierte en la penúltima y de la bodeguita salimos ya bastante perjudicados, dispuestos a razonar, todo lo que se puede razonar borracho como una cuba, y seguir disfrutando la noche, mi última noche en la Movida.

Las conversaciones giran alocadamente sobre la música y la vida. Enrique Sanjuán ya liberado de su timidez tras unas cuantas copas, nos cuenta sus desventuras amorosas, su timidez extrema para tratar de captar la atención de la chica que le gusta desde hace tiempo, sus complejos e incluso sus sueños por algún día emular a sus grandes ídolos empuñando una guitarra.

Lo cierto es que, salvando las distancias de la época, me sigue recordando mucho a mí cuando tenía su edad y tras un muy buen rato de conversación y copas todo se empieza a embarullar. Hablamos sin descanso de grupos de ahora (del ahora de 1980, claro) de ayer y nombramos a los Brincos, los Bravos, Pekenikes, Mustang, Lone Star, Micky... Aunque a mí ya me pierde la boca y llego a nombrar el reggaeton como algo horrible que ha llegado para invadirnos, cuando esa pesadilla aún tardará mucho en llegar para ellos. Enrique está muy atento a todas las novedades del momento y es casi una enciclopedia de un movimiento que apenas acaba de empezar, pero en él encuentro un verdadero entusiasta de Tos, de los Nacha y de todo lo que signifique la "nueva ola".

Las cervezas y vinos son la antesala de los cubatas, que en estos años, son ostensiblemente más dañinos. Cubatas de Larios y Ponche con cola y chupitos de toda índole hace que pasemos de una conversación a otra y que todo empiece a quedar en mi mente como una nebulosa de felicidad en muy grata compañía. Tanto Fernando como, sobre todo, Enrique parecen amigos de toda la vida

y cuando entramos en el Vía Láctea, yo ya soy incapaz de recordar nada más que descontrol, mucha diversión y todos saltando por los aires.

La siguiente escena que recuerdo es ir vagando por las calles de Malasaña con una sonrisa en la boca y canturreando canciones al unísono junto al chaval Sanjuán, que se ha quedado conmigo hasta bien entrada la madrugada. A Fernando le pierdo la pista y sinceramente, poco más recuerdo que no sea acostarme, ya en solitario, en un banco de la plaza del Dos de mayo y cerrar los ojos, con una cogorza de las que hacen época.

Antes de caer en un letargo absoluto, multitud de imágenes se mezclan en mi cabeza: recorrernos un montón de bodegas de Madrid tomando vinos, entrar y salir de pubs tras tomarnos siempre la penúltima copa e incluso bailes desaforados en el Vía Láctea. Mi mente divaga sin parar y no es capaz de discernir lo ocurrido esta noche, lo real de lo imaginario de un fin de noche del 8 de febrero de 1980 que evidentemente, se me ha ido de las manos. Llámalo espíritu rockero, pocas ganas de crecer o mentalidad bohemia, pero a mis cuarenta años aún soy capaz de beber hasta perder el control y ser como un segundo yo, menos racional, que se ha apoderado de mí esta noche.

Cuando por fin abro los ojos me percato de la realidad: estoy tirado en el mismo banco del parque de la plaza del Dos de mayo y debo de haber pasado aquí varias horas porque ya es completamente de día y sólo la mirada inquisidora de la policía municipal me acaba por despertar y murmurando mil disculpas escapo de allí con la idea clara de buscar, ahora sí, un hostal donde poder dormir la mona.

La cabeza parece a punto de estallarme y aún estoy mareado cuando cerca de allí, encuentro una pequeña pensión donde tras dar una generosa propina a la dueña del establecimiento (por cierto, clavada a la gran actriz Terele Pávez, en su papel en la película “La Comunidad”) consigo dar con mis maltrechos huesos en un colchón que evidentemente no es muy viscolástico, pero que tras dormir unas cuantas horas en un banco de piedra me resulta la cama más confortable del mundo. Además tengo un formidable dolor en el costado derecho de la espalda a saber por qué extraña razón.

Antes de caer definitivamente en el sueño de los justos, o más bien de los borrachos incorregibles, tengo la prudencia de poner mi móvil a todo volumen y programar una alarma que me despierte a las tres de la tarde. El concierto tributo a Canito comienza a las siete y el colmo de la irresponsabilidad, y ya he cometido muchas en este disparatado viaje, sería quedarme dormido y perderme el motivo por el cual he emprendido este azaroso, pero genial paseo por un tiempo que ya sí puedo asegurar que tuvo un halo especial. No tardo mucho en caer en un reparador sueño donde las imágenes se mezclan sin parar como fogonazos de diversión incontrolable.

Cuando por fin suena la alarma de mi móvil son ya las tres. El tiempo justo de ducharme, vestirme para la ocasión y salir pitando hacia las inmediaciones de la Universidad, hacia la Escuela Superior de Caminos, para con tiempo, poder asistir por fin, a este acontecimiento inicial de la Movida Madrileña.

Un “comiyuno” reparador, la forma en que Raquel y yo solemos llamar a la mezcla de desayuno y comida que se produce cuando te levantas a horas intempestivas, me pone en marcha en mi último día en el Madrid de 1980. Para no perder tiempo cojo un taxi y confirmo que ya no me queda tanto dinero tras el despliegue absoluto de despilfarro y fiesta de ayer noche. Un taxi por cierto, un tanto ahumado ya que el taxista es un consumado fumador de puros que me impregna la ropa y casi hasta el alma de un olor a puro de los de antes. Me deja en la misma puerta de la Universidad. Y enseguida diviso, entre los que ya están por allí ávidos de coger un buen sitio para ver el concierto, a mi nuevo amigo, Enrique Sanjuán, que con unas ojeras casi tan descomunales como la mías, me saluda sonriente.

—¿Qué tal, señor José? Madre mía, ¿cómo lo lleva? Porque yo tengo un resacón terrible. Ayer se nos fue de las manos todo esto y pobre Fernando, qué mala suerte.

—¿Cómo? -pregunto extrañado. ¿Qué pasa con Fernando? Lo pasamos de puta madre los tres ayer, ¿no?

—Si, hombre, fue una noche espectacular, pero acuérdese de cómo acabo el pobre.

—No, no, me vas perdonar, pero no me acuerdo de casi nada desde que entramos en el Vía Láctea. Y mira que yo soy de buen beber, pero es que ayer nos bebimos hasta el agua de los floreros, Enrique -le contesto yo, cada vez mas escamado.

—¿No se acuerda de lo que pasó en el Vía Láctea? Usted y yo nos subimos a una tarima y nos tiramos como estrellas del rock hacia el público y convencimos a Fernando de que se tirara también. Bueno, usted del pedal que llevaba se golpeó un poco, pero no se hizo nada serio.

—Ahora entiendo mi dolor de espalda. Y no me llames de usted, coño, que me haces más viejo de lo que soy.

—Cuando Fernando se subió con nosotros a la tarima, como no se atrevía a tirarse a la gente para que lo cogiese, le empujé y se dio una hostia terrible. Menos mal que por allí había un vecino suyo que se lo llevó a casa, porque se quejaba mucho de una de sus muñecas. Eso sí, el chaval, un fenómeno, estaba súper contento cuando se fue, no parecía importarle nada. Pero el castañazo fue de los que marcan época. Y mira que lo sentí, no debí haberle empujado, pero es que estaba muy borracho.

—¿Y yo qué hice mientras? -pregunto espantado.

—Nada, reírse como un loco y animarme a que le empujara. Lo pasamos genial, que gran noche. Desvariamos mogollón, pero fue muy divertido. Hablaba sin parar de que venía del futuro a ver cómo era la Movida o no sé qué... -responde Sanjuán despreocupadamente.

—Ahora vengo, Enrique, guárdame sitio en la cola, por favor.

Mientras me alejo, me dispongo a buscar la entrada de los artistas con la sensación de que algo terrible ha sucedido. Cuando llego a los camerinos son las cinco menos cuarto de la tarde y algunos de los integrantes de los grupos ya están llegando y me saludan, empiezo a ser demasiado conocido por aquí. Busco a Fernando con la mirada y lo encuentro en un rincón junto a sus compañeros, todos ellos con cara de circunstancias. Cuando le hago señales para que venga hacia donde me encuentro, Fernando se acerca cuidadosamente y con dificultad.

—¿Estás bien, Fernando? Es que me he encontrado allá afuera con el chaval con el que coincidimos ayer, con Enrique, y me ha comentado que terminaste la noche lesionado. Ayer desfasamos demasiado, lo siento mucho. Se supone que yo era el mayor y por ende, en principio, el más racional del trío que formamos, pero la fiesta se nos escapó de las manos -le digo mientras con espanto veo como lleva el brazo en cabestrillo y la muñeca vendada y enyesada.

—Pues ya ves, tío. Esguince de muñeca e inmovilización para un par de semanas. Vamos a hablar con los Tos y los Mermelada para decirles que no tocamos, que así no puedo ni sostener el bajo, imagínate tocar las notas, imposible- me cuenta Fernando con cara de resignación y tristeza.

—Dios mío, todo esto es culpa mía. No debimos beber tanto ni terminar así. Yo, créeme, no me acuerdo de casi nada de lo que pasó, pero Enrique me ha contado que nos tiramos de la tarima del Vía Láctea y a ti prácticamente te empujamos. Madre del señor, no sé cómo pedirte perdón, con todo lo que ha costado que tocarais esta noche aquí. Soy un gilipollas, lo siento mucho -le digo casi con lágrimas en los ojos, de pena por él y por mí, porque ahora sí he cambiado la Historia.

Los Trastos no tocarán en el concierto de Canito y será por mi culpa. Y si fuera por algo accidental tendría alguna disculpa, pero es que es por ser un inconsciente y un imbécil. A mis años y con esta enorme responsabilidad entre mis manos, no puedo cometer este tipo de desaguisados de ninguna de las maneras. La cara de Fernando lo dice todo, está apuradísimo esperando que lleguen los Tos y Mermelada para dar la cara y anunciarles que Trastos no podrán tocar en el concierto. Además, no hay solución posible: su lesión es en la muñeca izquierda y cualquiera sabe que es la que se utiliza para poner las notas del bajo.

—Y para colmo, a los Tos les va a hacer el favor el batería de Mario Tenia y los Solitarios de sustituir al pobre Canito, pero nosotros entre que no generamos demasiadas simpatías y que sólo quedan dos horas para empezar, ni nos atrevemos a pedir el favor. De todos modos, los punkies y

alguno más se alegrarán de no vernos tocar, al final se han salido con la suya. Y tranquilo, Jose, tu no tienes la culpa ni el chaval Sanjuán tampoco. Yo también llevaba una castaña brutal y no me acuerdo si salté, si me empujasteis de cachondeo o qué pasó. Para mí, no sois culpables de nada, es una desgracia que puede pasar si vas tan borracho como íbamos los tres anoche. Lo pasé genial, entiéndeme, pero ahora la verdad, más vale que nos hubiéremos ido a casa tras tomar aquel primer vino en la bodega -remata Fernando consternado.

La idea me llega a la cabeza casi por casualidad. Y la descarto de inmediato. Pero hay momentos en los que hay que poner toda la carne en el asador. Y en la balanza de que cambie la Historia para siempre y estos pobres chicos no participen en el concierto o lo que se me está ocurriendo, creo que finalmente podría llegar a medio funcionar lo que mi mente está maquinando.

En 2017 y desde hace trece años yo tengo mi propio proyecto musical y en algunas etapas fui bajista de mi grupo a la par que cantante. Sé poner las notas y mínimamente llevar el ritmo de una canción pop sencilla. Un poco mejor si no tengo que cantar a la vez que encargarme del bajo. La solución es peregrina y tiene riesgo pero siempre será eso mejor que cambiar por completo la Historia y que Trastos no llegue ni a tocar en el concierto.

Desde luego, habrá que hacer algo más que tocar o fingir tocar medio bien y para ello, lo primero que pienso es que tendré que afeitarme como el imberbe que es Fernando y luego, cambiarnos la ropa para que con la mala iluminación existente y un parecido físico bastante razonable (si fuera más joven daría mucho más el pego) nadie o por lo menos casi nadie, se de cuenta del cambiazo.

Cuando le cuento a Fernando mi plan parece no creerlo, pero desesperado como está, se va a hablar con su hermano y con los Lobato para ver si ven viable mi ofrecimiento como bajista suplente del grupo. Desesperados como están, los Trastos aceptan el cambalache casi sin rechistar, no les queda más remedio para solucionar de alguna manera el entuerto.

—Ok, tíos, esperadme aquí, vengo enseguida y nos metemos en ese baño, nos cerramos a cal y canto y mientras yo me afeito y me pongo lo más parecido a Fernando que pueda, vosotros me escribís las canciones en un papel, con las notas del bajo que lleva cada una y os juro que intentaré hacerlo lo mejor que pueda. En Inglaterra tengo un grupillo de versiones llamado “Back Luck Friend” y aunque no soy un virtuoso, si me ponéis las notas y las tocamos un par de veces antes de subir a actuar, igual salimos de esta indemnes. Os lo debo, tíos, sobre todo a ti, Fernando.

Y allí los dejo, flipando, mientras corro para intentar encontrar algún lugar dónde comprar espuma de afeitar y cuchillas. Cuando paso por la cola de gente que ya está esperando para entrar al concierto me tropiezo de nuevo con Enrique Sanjuán, que acaba de volcarle sin querer a una punkie media cerveza que trae para un amigo y para él. La punkie en cuestión, además, es una vieja conocida mía de estos días por Madrid. Es Alice, la punkie fan de Eduardo Benavente y que a veces mea en lo alto de los árboles a señoras.

—¡Pero serás imbécil! ¿es que no ves por dónde andas, pedazo de idiota? -dice Alice, enfurecida.

—Perdona, perdona -contesta Enrique. Espera, que pido unas servilletas y te limpias. Lo siento, de verdad.

—Lo siento, lo siento- se burla Alice. Vete por ahí. Que no te vea más, pijo de mierda.

—Haya paz, por favor -intervengo yo. Enrique, me tienes que ayudar. Emergencia absoluta y confidencial -le digo, mientras Alice pega la oreja indisimuladamente. Ayer la hicimos buena, chaval. Fernando, el de Trastos, tiene un esguince de muñeca tras toda la farra que nos pegamos anoche de aquí para allá haciendo el salvaje. Tiene el brazo en cabestrillo y no puede tocar. Escúchame bien, porque me tienes que echar un cable. Vete a donde sea y cómprame espuma de afeitar y cuchillas. Te espero cuanto antes en esa puerta que hay allí al fondo. Voy a suplantar a Fernando como bajista de Trastos y necesito parecer más joven como sea. Así que ponte en marcha, porque esto también es en parte culpa tuya, tío.

—Si necesitas peluquera a mí se me da bien, viejales -dice Alice (que por supuesto, me

reconoce de nuestros encuentros anteriores.)Vaya pasote, ¿que habéis liado, pìjo? Y parecía tontito, el pimpollo- se divierte Alice, señalando a Enrique.

—Ok, no sé si fiarme mucho de tus habilidades pero no hay mucho tiempo para pensar. Id a comprar lo necesario para dejarme la cara como la del culo de un niño y tijeras o lo que sea para cortarme el pelo como lo lleva Fernando -digo casi frenético mientras le tiendo un billete de 500 pesetas a Sanjuán. Entretanto, yo estoy en ese baño encerrado con el grupo, que a prisas y carreras me van a enseñar las canciones que tienen que tocar.

—Bueno, y con tanta pasta, enróllate e invítanos a alguna botellita de algo, ¿no?- me pide Alice, con sonrisa pícara mientras Enrique espantado me hace gestos para no involucrar a la punkie que hace nada le estaba insultando de malas maneras.

—Haced lo que queráis -digo, pasando totalmente de los gestos de Enrique. Pero os quiero rápido aquí con todo eso. Lo que sobre y lo que compréis me da igual, os lo regalo, pero por Dios, daos prisa, que me la estoy jugando y no sabéis cuánto -les apremio mientras Enrique se despide de un amigo, ostensiblemente mayor que él, que se queda extrañado allí en la cola guardando el sitio.

Cuando vuelvo al baño cercano a camerinos ya me están esperando los del grupo con las notas del bajo puestas en un papel, donde además han escrito las letras de las tres canciones que van a interpretar esta noche. Fernando y yo intercambiamos vestimenta y al mirarme al espejo veo que puede llegar a funcionar. Sobre todo si Enrique y Alice llegan pronto y me quito esta barba medio blanca que ya me asoma a mis años. Desde luego, mi aspecto es muy ochentero: camiseta blanca arremangada con un rectángulo de color rojo en el centro del pecho, pantalones negros de cuero y un bajo enorme, con una caja de resonancia similar a las míticas guitarras Gretsch.

De momento el problema no es la vestimenta, es la barba y mi pelo, que no se parece en nada al de Fernando. Y sobre todo, el gran problema es que tengo muy poco tiempo para aprenderme las canciones. Encima, la única canción que me sé más o menos del grupo,“El poli te ve”, no está en el repertorio, con lo cual les pido a los chicos que me las canten y toquen con la guitarra a ver si le pillo un poco el rollo a los temas para no hacer demasiado el ridículo y sobre todo, para que nadie se de cuenta del fraude.

Las tres canciones que Trastos deben tocar esta noche son “Rockers del 83”, “Míralos” y “Labios de papel”. Evidentemente no me las sé, pero Fernando ha hecho un buen trabajo y se nota que es un tipo práctico. Me ha puesto los acordes simples de cada canción y me aconseja que aunque no sean los exactos al menos intente estar siempre en la tonalidad de la canción, aún a costa de ser repetitivo.

—Tenemos que avisar al técnico de sonido (que para colmo es Jesús N. Gómez, reputado productor en nuestros días) de que el bajo esté muy por debajo de los demás instrumentos -aviso a Fernando, a los hermanos Lobato y al resto del grupo.

Cuando por fin, tras una hora, consigo más o menos poder seguir cada canción con el bajo, que pesa una tonelada, por cierto, entran en escena Sanjuán y Alice que llevan una bolsa de plástico con lo necesario para mi transformación en un imberbe de veinte años. A Dios gracias, de mi generación soy de los pocos que tiene aún pelo y siempre he tenido una imagen más joven de la edad que realmente tengo. Me afeito a todo correr y procuro dejarme lo más limpio posible de canas. Las cuchillas de los ochenta son infernales y la espuma infame, pero consigo quitarme cada pelo de mi barba.

—Ahora déjame a mí, que mira lo que he comprado -me dice Alice, enseñándome con una sonrisa las tijeras y el peine recientemente adquiridos.

—Pero chiquilla, ¿tu en serio sabes cortar el pelo? Y sobre todo, ¿estás en condiciones de hacerlo? Porque habéis tardado más de una hora y venís pedo los dos -les digo, mientras veo una botella enorme con un líquido de color incierto que lleva Sanjuán en la mano. Ya veo que os habéis hecho amigos, no veo ya tantos insultos ni mal rollo. Ya me imagino que el alcohol ha calmado los ánimos.

—Bah, es un pijo y un babosín, pero no parece mala gente -reconoce Alice, que lleva una

borrachera de campeonato y blande sus tijeras hacia mí. A ver, tú (señalando a Fernando) ponte aquí y déjame ver como llevas el pelo. ¡Puaj! Qué vergüenza, otro pijo con el flequillito redondito. ¿Te peina tu mamaíta antes de salir? -le comenta a un atónito Fernando que bastante tiene con lo que lleva encima para replicar a la sonriente y maliciosa punkie. Bueno, esto es fácil, a ver...

Lo cierto es que borracha y todo, la niña en cuestión parece manejarse bien con las tijeras y al cabo de un rato, cuando Fernando y yo nos miramos de frente constatamos que sí, que un aire nos damos y que a lo mejor cuela el cambiazo. Alice y Enrique se despiden y a toda prisa se dirigen a la cola, que ya empieza a avanzar porque el inicio del concierto es inminente.

Tras un nuevo ensayo rápido de las canciones, todo parece medio cuadrar y me asomo al escenario. Empiezo a sudar y a darme cuenta de lo surrealista de la situación. Yo no venía aquí a tocar y en menos de una hora tengo que participar en lo que todo el mundo en mi época llama el pistoletazo de salida de la Movida Madrileña, el comienzo de todo el movimiento posterior. Pero ya no hay salida y cuando los primeros acordes de los Nacha empiezan a sonar intento olvidar lo que se me viene encima. No sé si alguna vez pude soñar en volver a ver a Antonio Vega sobre un escenario, pero aunque con un sonido infernal y una voz que aún dista mucho de ser esa voz envolvente y mágica que lo caracterizó, estoy viendo otra vez a Antonio Vega actuando.

No desaprovecho la ocasión, me cito con los Trastos para un poquito antes de que nos toque y decido que pase lo que pase no me voy a perder los dos momentos más mágicos de la noche, al menos para mí, que vengo de una época en la cual esto ya es una quimera: ver otra vez cantar y tocar a Antoñito Vega y a Enrique Urquijo. Si luego hago el ridículo y tengo que salir por piernas ya se verá. Y si cambio la Historia y don Leandro me manda al Castillo de Sax a cadena perpetua, ya lo padeceré. Pero ahora voy a disfrutar volviendo a ver a dos de mis ídolos en plena acción. Luego, ya veremos como se soluciona la papeleta. Poco a poco me voy haciendo sitio entre el público hasta llegar a la altura de Alice y Enrique.

—Con toda la gente que hay aquí y no me puedo quitar a la punkarra esta de encima -me dice Enrique obnubilado como yo viendo a los Nacha.

—Venga va, chaval, no tengas tantos prejuicios, que la chavala es maja, a mí me cae bien, es muy divertida. Ay, si yo tuviera tu edad -le digo al oído a este chaval que finalmente se ha convertido en un amigo al que aconsejar desde el púlpito de mis cuarenta tacos.

Alice nos hace gestos como de meterse los dedos para vomitar, eso le debe de parecer la música de los Nacha a una punkie radical de los ochenta, pero realmente, es más una pose que otra cosa y me pasa la botella, que con un contenido más que difuso amenaza con ser algo fuerte. Acepto para intentar pasar los nervios de lo que va a venir después de la actuación de Nacha Pop y Tos.

Desde luego, la niña y su nuevo amigo tienen buen estómago y el hígado les funciona a pleno rendimiento. La mezcla resulta explosiva en mi interior y en mi cabeza. Pero una cosa es cierta, tras dos chupitos de este bebedizo los nervios han dejado paso al disfrute. Enrique Sanjuán me presenta a su amigo Rafa, que me mira con cara cómplice y tras comentar alguna cosa de los Nacha Pop me dice:

—Ya verás tú estos dos, (refiriéndose a Alice y Sanjuán) hacen que se odian y acaban liados. Ellos son muy jóvenes pero tu y yo que somos perros viejos lo sabemos.

—Pues seguramente, son tal para cual -acepto, mientras los veo beber sin parar de la botella mágica de Alice, que te quita tanto los nervios como la timidez y los prejuicios de un Enrique que parece otro y se le ilumina la mirada al hablar con Alice.

Nacha Pop interpretan ahora mismo “Antes de que salga el sol” y lo cierto es que están sonando bastante discretos. No ayuda el sonido en nada, pero es evidente que mejoraron mucho con el tiempo. Aun así ver a los primeros Nacha con los primos Vega tan jóvenes, con Carlos Brooking al bajo y Jaime Conde a la batería es emocionante, sobre todo si vienes desde el 2017. Es verdad que quizás aquí no han dado la verdadera medida de sus posibilidades pero aún así se intuye, y yo sé, que hay potencial en ese grupo que al despedirse recuerda a Canito con emoción. Y a mí se me

saltan las lágrimas al haber podido ver a Antonio Vega tan joven y tan lleno de vida.

Le doy un trago enorme a la botella de los chavales para afrontar lo que viene ahora. Salen los hermanos Urquijo y comienzan a tocar. La primera frase de la primera canción es toda una declaración de intenciones. Enrique empieza a cantar: "Si estoy un día triste, ya sabes que es por tí..." y creo que tanto a él como a sus hermanos y a todo el público se nos aflojan un poco las piernas por el recuerdo a Canito. Es acojonante estar aquí, a un metro de Enrique, viéndole cantar tan tímido, tan joven y tan emocionado.

Tras "Por Ti" llegan dos más de las canciones de Canito, "Me aburro" y "Máquinas".Vestidos con traje oscuro, excepto Álvaro que ha elegido para la ocasión una chaqueta de cuero, se les nota aún muy principiantes, pero con un cuidado por hacer bien las cosas y sonar adecuadamente que no tenía casi nadie en esa época. Claro que en mi tiempo, los he visto cientos de veces tocar con una perfección absoluta, pero verles aquí sin aún haber depurado su técnica tiene su encanto y de todos modos, suenan muy coherentes, sin un desafine ni una mala nota puesta en un mal sitio.

Un último trago de la botella de Alice me transporta al éxtasis más genial cuando suena el sempiterno y mítico "Déjame" con la que acabo de constatar que aún siendo los inicios de la nueva ola, los Tos les daban sopas con honda a todos los demás en cuanto a calidad musical. Las guitarras de Javier y Álvaro son efectivas y el bajo y la voz de Enrique aún no tienen esa profundidad que llegaría diez años más tarde. Pero ya emociona. Y es que además, se están despidiendo de su amigo y eso me pone un nudo en la garganta que debo deshacer justo cuando suena el último acorde de su actuación. Debo salir a toda pastilla hacia el escenario. Y es que ahora llega el momento complicado de la noche. Tengo que ser el bajista de Trastos y para colmo, de nuevo vuelvo a estar borracho, como casi la mayoría del tiempo que he pasado aquí en 1980. Cuando me despido de Alice y Enrique ya esta más que claro. Estos dos han congeniado definitivamente, parecemos decirnos con la mirada Rafa y yo mientras salgo pitando hacia el escenario.

Con las piernas temblándome y con el resto del grupo dándome ánimos, me enfundo el bajo, cojo mis papeles y me siento acojonado como nunca lo he estado. Sí, vale, he hecho muchos conciertos en mi vida, he tocado en muchas ocasiones incluso en sitios mejores que el auditorio de la Escuela Superior de Caminos, pero es que estoy a punto de salir a tocar en el mítico concierto homenaje a Canito y hace mucho tiempo que no toco el bajo y menos ante tanta gente.

Estoy muerto de miedo y ya a punto de salir el resto del grupo no parece muy convencido de que nos salga bien la farsa. Fernando me da un abrazo y me infunde ánimos justo antes de salir al escenario y enfrentar al público. Intento ponerme en un discreto segundo plano, coloco mis papeles bajo mis pies y disimuladamente disminuyo el volumen de mi bajo, hasta el nivel menos audible posible sin llegar a apagarlo, pero muy por debajo de la guitarras de Tores.

Jesús, el técnico de sonido, me hace señas para que compruebe el nivel de volumen del bajo, que toque a ver cómo suena, pero sinceramente, decido hacerme el loco y cuando reclama mi atención de manera ostensible ya va a comenzar la primera canción y veo, por sus gestos, que me da por imposible. Empezamos con el tema "Rockers del 83" e intento mantener el tipo como puedo. Mi instrumento suena bajito, pero tengo la impresión de que al menos estoy poniendo las notas en su sitio y llega un momento en que le cojo el tempo a la canción y me permito incluso hacer coros que no me suenan mal. De hecho, cantar es lo que mejor se me da y ya que el bajo va a ser bastante mediocre al menos que se me oiga cantar con algo de propiedad.

Terminamos la primera canción y el público aplaude y no parece darse cuenta de nada. En las primeras filas, Sanjuán y Alice botan como locos y un humo denso les delata. No se puede negar que al menos ellos lo están disfrutando. Pero en general, todo el público está enfervorizado y por supuesto, no se van a poner a analizar si el bajista está más o menos acertado. Ver a la gente así me tranquiliza definitivamente y más cuando comenzamos el segundo tema, mucho más fácil y repetitivo, de apenas cuatro acordes repetidos en bucle.

Enseguida cojo la rutina de esas cuatro notas y empiezo a venirme arriba y disfrutar del momento. Sin duda el brebaje de Alice se me ha subido definitivamente a la cabeza y los nervios

han dado paso al disfrute más absoluto. No tengo ni la más remota idea de cómo voy a explicar esto en el trabajo, aspiro a que directamente nadie se de cuenta del cambiazo ya que la caracterización ha quedado bastante creíble. Otro dato a tener en cuenta cruza mi mente. De acuerdo, no estoy tocando muy allá el bajo, pero los grupos que vienen detrás van a ayudar a que la gente no piense que el bajista de Trastos o el propio grupo son lo peor del concierto. Aún tienen que salir Paraíso o Pegamoides que con todos sus méritos posteriores sé que estuvieron muy flojos esa noche.

Lo único que espero, es que por culpa mía, la Historia no sea demasiado cruel con los Trastos por este concierto, lamentablemente para ellos, luego no tuvieron mucho más recorrido que su primer LP, y bueno, ya puestos en situación, reconozco estar disfrutando como un enano. Y más cuando el chaval Sanjuán me alcanza la botella de la que siguen bebiendo tanto él como Alice. Tras el largo trago y justo después de acabar la segunda canción ya me siento indestructible y feliz de estar participando de esto. Joder, estoy tocando en el concierto homenaje a Canito, lo que muchos críticos musicales han venido a llamar el acta fundacional de la Movida Madrileña.

En mi vida, hubiera soñado con vivir esto, ya no entre el público, que es lo que pretendía, sino encima del escenario. Con una considerable castaña encima, sólo comparable a la de mi pareja de extraños amigos situados en primera fila, que siguen pimplando de la botella y fumando vete tú a saber qué. Decido para la última canción bajarme el sonido casi a cero, de los tres temas es el más complicado y el que menos hemos podido ver en el pequeño ensayo de hace un rato. Y se lo digo al técnico con total descaro:

—Oye, Jesús, si ves que en esta canción no se oye casi el bajo no te mosquees, es que no me la sé mucho y no voy casi a tocar.

Tras dejar atónito al técnico me dirijo otra vez a mi puesto y nada más comenzar nuestro último tema de la noche decido disfrutar al máximo de estos tres o cuatro últimos minutos de efímera gloria en el Madrid de la Movida. Prácticamente no estoy tocando y eso sí, los coros cada vez me salen mejor. Luis Carlos, el teclista, como buen músico, se da cuenta de que el bajo está a niveles ínfimos y con su teclado lo emula, tapando así mi total impericia para poder sacar adelante este tema. El público en su mayoría borracho de música y demás sustancias no parece darse cuenta de nada y yo, sinceramente, me lo estoy pasando como en la vida. Borracho, tocando en este pedazo de concierto y venido arriba por el fervor popular casi me da pena que esto se acabe, pero tras el ultimo acorde el trabajo está finiquitado y recibimos el cariño del público. Inmediatamente, después de acabar Fernando me abraza y el resto del grupo me felicita aliviados de haber podido salvar la situación de manera bastante decente. Nadie, ni siquiera Gonzalo Garrido, parece haberse dado cuenta del cambiazo.

Rápidamente Fernando y yo nos cambiamos la ropa y en mi euforia etílica acabo prometiéndo al grupo que sin lugar a dudas ellos serán muy protagonistas en el documental que se va a realizar bajo mi supervisión. Sé que les estoy mintiendo descaradamente, que nunca más nos volveremos a ver, al menos en este tiempo, pero ese era uno de los peajes a pagar: Saber que todas las promesas realizadas se quedarán en nada. De todo modos, en unas semanas mi recuerdo quedará diluido y como mucho alguien me recordará vagamente como aquel tipo que proyectaba hacer un documental del que nunca más se supo.

Tras los Trastos le toca el turno a Paraíso, que lo cierto es que no están nada afortunados. O hoy no tienen un buen día o han ensayado aún menos que yo. Espero no sonar a falsa modestia, pero creo que no me equivoco al decir que los Trastos hemos sonado infinitamente mejor que ellos. Aunque sinceramente, ya más tranquilo y despreocupado, después de lo que acabo de protagonizar comienzo a disfrutar hasta de los grupos que quizás peor tocan en estos momentos. Es evidente que ninguno de los grupos aquí presentes es aún demasiado profesional, pero no por ello resulta menos estimulante verlos, constatar que en su evolución posterior todos tuvieron su momento de gloria cuando ya más profesionales escribieron una de las páginas más importantes para que hoy entendamos nuestro Pop-Rock nacional. Tras Paraíso salta a escena Alaska y sus Pegamoides y en primera fila sus fans saltan enfervorecidos. Me acerco al lugar que ocupan Alice, Enrique Sanjuán y

Rafa y no puedo menos de poner la oreja para escucharles decir:

—Ahora sí que va a molar esto. Escuchad, bien pijos, esto es música de verdad, música para saltar y bailar. No como los Nacha Pop y los Tos esos, que son unos pijos babosos como tú -le dice Alice riendo a mandíbula batiente a su ya inseparable Enrique Sanjuán, que se entrega por fin a la evidencia de que acaba de trabar amistad, o quizás algo más, con una punkie, justo lo que él más odiaba hace pocos días, según nos contaba ayer mismo a Fernando y a mí en los bares de Malasaña.

Si bien es cierto que la canción "Odio" suena infame en la voz de Alaska también es justo reconocer, que en poco tiempo pulirán sus defectos y serán un grupo muy exitoso, que dio lugar en épocas posteriores tanto a Dinarama como a los actuales Fangoria. Alaska se convertirá en pocos años en uno de los grandes iconos televisivos del momento con su participación en el inolvidable programa "La Bola de Cristal" y conseguirá mantenerse de plena actualidad hasta en los tiempos desde donde vengo. En todo caso, poco importa la afinación de Alaska al cantar o que ni siquiera tengan un batería marcando el tempo, llevan una caja de ritmos, ya que en estos momentos el ambiente ya arde en el auditorio. Aprovecho el momento de euforia colectiva para despedirme de Enrique, Alice y Rafa, no sin profunda pena, sabiendo que no les volveré a ver, y voy tomando posiciones más discretas al fondo del local. Tampoco es plan que en todos los vídeos del concierto disponibles en 2017 en Youtube salga mi careto. Ya bastante protagonismo he acaparado. Justo cuando decido apostarme cerca de la puerta de salida salen los Mamá y le dan la vuelta a todo. Ya el sonido ha ido ajustándose a las necesidades tanto del lugar como de los grupos y el conjunto liderado por Jose María Granados demuestra que está entre lo mejorcito del momento. Viéndolos tocar aún me parece más injusto su posterior poco éxito final que aunque les ha llevado a tocar hasta nuestros días no se les ha hecho justicia porque ya aquí, en 1980, demuestran que tienen grandes temas y un líder que al menos, sí ha sido valorado como gran compositor (casi el compositor de cabecera de Los Secretos, que en casi todos sus discos incluyeron canciones suyas, conscientes como eran de que era y es un gran autor).

Tras dejar un regusto espectacular entre todo el público salen a tocar los Rebeldes, luego, rebautizados como Los Bólidos para no coincidir con Los Rebeldes de Barcelona, capitaneados por Carlos Segarra. "Noche de lluvia en Madrid" o "Ráfagas", después versionada por los propios Secretos, me llevan ya un poco a la nostalgia total. Se me está empezando primero, a pasar la borrachera y segundo, se me agota el tiempo en 1980. La peculiar voz de Casilda Fernández me lleva a recordar todo lo ocurrido en estos tres días aquí. Esperaba ser testigo de excepción de un concierto inolvidable para todos los aquí presentes y mítico para generaciones posteriores, pero conocer prácticamente a todos los grandes artistas de la época y haber podido vivir tantas aventuras en unicamente tres días, me parece un sueño del que irremediablemente tengo que ir despertando.

No sin antes disfrutar de las coreografías y el buen hacer rockero de Mario Tenia y los Solitarios, que ya definitivamente acaban de poner patas arriba al local con sus canciones. Estos chicos demuestran ser de los más preparados tanto musicalmente como en armonías vocales y aún hoy me pregunto cómo fue posible que no llegaran a más en su carrera. Desde luego, hoy aquí se convierten en los reyes de la noche con sus coreografías y su pericia musical. Como colofón de la noche se anuncia a los Mermelada, que como grupo más conocido y por haber sido uno de los posibilitadores del concierto, tienen el honor de cerrar el concierto con el delirio final. Javier Teixidor, acaba literalmente revolcándose en el suelo mientras sigue haciendo sonar su guitarra. Cuando Teixi nombra a Canito el local se cae de tanto aplauso y emoción. El propio padre de Canito, allí presente, parece disfrutar del homenaje que los amigos de su querido hijo le están tributando. Y yo, no puedo menos que soltar unas lagrimas de recuerdo a un chico como Canito que sin duda, puso los cimientos para crear algo que en mi vida ha sido una influencia musical y personal fundamental: la música de Secretos.

Todo va acabando y se requiere la presencia de todos los músicos participantes para acabar tocando "La Plaga" en una delirante versión con más de treinta personas en el escenario, que acabará derivando en la eterna "Johnny B.Good" de Chuck Berry para regocijo y euforia de todos

los allí presentes. Veo a Fernando subir al escenario, con la mano vendada situada estratégicamente en un bolsillo y dejando de lado el cabestrillo aunque sea durante el rato que dure la canción, y me alegro de que al menos tenga un rato de poder compartir este momento mítico con sus compañeros. El momento final, el último acorde, me pilla buscando la salida para volver a mi mundo.

Quiero evitar las aglomeraciones y sobre todo quiero desaparecer porque no quiero volver a tener que mentir a nadie sobre mi falso documental. Un último vistazo al recinto me confirma que mis amigos, Enrique Sanjuán y Alice salen juntos del local y siento gran envidia por no poder seguir aquí unos días más y ver cómo acaba su historia. También les envidio el poder estar en este Madrid de principios de década, viviendo su juventud. Les queda todo por ver. Hoy sólo es el pistoletazo de salida de todo este movimiento musical. Les restan muchos años de diversión y música a esta pareja.

Ya sin más dilación salgo de allí e intento divisar un taxi libre para dirigirme a la puerta histórica que me llevará de nuevo al presente. En un lateral de la puerta de entrada dos tipos comparten cigarrillo y confesiones y a mí me acaba de dar el último vuelco al corazón cuando compruebo que son Antonio Vega y Enrique Urquijo que huyendo de la aglomeración final han dejado un momento la fiesta para buscar un poco de tranquilidad. Un último impulso guía mis pasos hacia donde ellos están. Me saludan distraídamente al pasar junto a ellos y yo no puedo evitarlo, vuelvo sobre mis pasos, me planto ante ellos con el corazón en un puño y sin mediar palabra y dejándolos atónitos les doy un largo abrazo conjunto diciéndoles al oído:

—Cuidaos mucho, tíos, cuidaos mucho...

Sé que no seguirán mi consejo, pero ¿cómo evitar dar un último abrazo a estos muchachos, que no lo saben, pero han escrito la banda sonora de mi vida? Tras dejarlos con la boca abierta y sin dar lugar a más, veo un taxi y saltó hacia él con mis últimas lágrimas en 1980 reflejadas en mi cara. Torpemente le indico al taxista que quiero ir a la plaza del dos de mayo y en silencio y ya con una media sonrisa dibujada en la cara, revivo en mi mente todo lo acontecido en estos tres días intensos. Pero es hora de volver a la Cancillería donde don Leandro espera el informe, y yo tendré que edulcorarlo bastante ya que para ser la primera misión mis meteduras de pata e interferencias en la Historia no han sido pocas, y también a casa, a Alicante, donde Raquel me esperará y me hará mil preguntas sobre cómo me ha ido mi falsa excursión a Madrid, con mis alumnos.

Siempre recordaré que viví tres días en el epicentro de la Movida Madrileña y que asistí a su nacimiento. Tras mil y una aventuras y mucha diversión sólo espero no haber hecho nada irreparable en el caos en el que he convertido esta, mi primera misión como asesor de la Cancillería de las Puertas Históricas. Aunque tras todo esto de algo sí estoy seguro: la Historia no es que cambie por nuestros viajes en el tiempo. Es que la Historia y el destino nos tienen reservados, de alguna manera, el estar ahí para que todo sea como nos lo han contado. Nada cambiará en la Movida Madrileña. Ni los grupos participantes en el homenaje a Canito ni el concierto serán diferentes en la mente de los que escribieron las crónicas de aquel acontecimiento. Todo será igual cuando vuelva a casa, lo único que cambiará es que me voy a poder ver fugazmente en Internet tocando en el concierto, en el espacio televisivo que emitió un resumen del acontecimiento en su día, "Popgrama " , presentado por Carlos Tena y Diego Manrique, pero todo será así porque quizás era mi destino estar allí esos tres días y que sucediera todo lo que me ha pasado para que efectivamente, todo sea como verdaderamente cuenta la Historia.

Tendré más viajes en el tiempo, más puertas se abrirán ante mí para poder presenciar y ser cronista fiel, y espero no tan protagonista accidental, de eventos fundamentales para la Historia y la música de este país. Se me ha otorgado una tarea muy importante y aunque espero cada vez poder poner más distancia entre mis sentimientos y la responsabilidad de mi cargo, estoy seguro de que esta, mi primera incursión por las Puertas Históricas será inolvidable. Estos tres días se van a quedar en mí para siempre. He vuelto a ver a Enrique Urquijo y a Antonio Vega, he compartido cervezas y risas con todos los artistas y músicos de "Casa Costus", he bebido vinos con Almodóvar y he hecho

amigos tan inverosímiles como geniales, cada uno a su manera. Tantas y tantas cosas en tan poco espacio de tiempo darían para escribir un libro. A lo mejor, algún día lo escribo. Aunque sé que me está prohibido revelar todo lo que mi cargo conlleva, es una pena no poder trasladar todos estos sentimientos ahora sí vividos en primera persona.
Algún día haré ese libro, que todo el mundo pensará que es ficción, una novela ambientada aquí, en Madrid, 1980.

FIN

“Llamando a las puertas de la Movida”.
Serie de relatos de “La Cancillería de las Puertas Históricas”(Volumen 1)
Autor: Jose Gisbert AMS.
Editorial Tagus. www.tagusbook.com
ISBN:
Prólogo: Raquel Peñafiel Martínez.
Correcciones: Consuelo Gisbert Santamaría.
Primera edición: diciembre de 2017.